

MIRANDO A LAS ESTRELLAS



A.F. BLACK

TRADUCCIÓN: DAVID PRIETO

GRUPO EDITORIAL AJEC

PRÓLOGO

CUENTA UNA ANTIGUA LEYENDA DE las Antillas que el *vwayajè* llegó a ellas en el mismo momento en el que arribó a puerto el primer barco de esclavos. Sin nombre, como muchos de sus otros ocupantes, y con los pies encadenados, había sido arrastrado hasta allí desde su África natal. Y, como muchos otros, amenazado con el látigo, el hambre y la muerte. Pero, al contrario que ellos, en su partida desde el hogar existió cierta voluntariedad. Porque, aún en la peor de las situaciones, el caminante tenía ansias de ver mundo y no le importó cómo conseguirlo.

Y, también al contrario que la mayoría de sus compañeros de fatigas, se dice que escapó en cuanto tuvo la más mínima oportunidad. Tras liberarse de los grilletes que le herían las piernas, robar un saco de comida y correr como alma que lleva el diablo, se adentró en las zonas salvajes de la isla. Se perdió en ellas y, apartándose de la vista de los hombres blancos, se convirtió en poco más que una historia susurrada por los que habían sido sus hermanos de penalidades.

En uno u otro extremo de la isla decían haber notado su presencia. Siempre que un cerdo o una manzana desaparecían, él era el responsable y alguien juraba haberlo visto entre la espesura, siguiendo con sus ojos la comida robada. Incluso cuando una mujer perdía su virtud y nadie se hacía responsable de ella, no había quien no dudara en adjudicarle aquel acto, tachándole de seductor, violador o cosas aún peores, según el humor de cada uno. Nada estaba fuera de su alcance y, a pesar de que las distancias entre unas y otras fechorías eran en ocasiones muy grandes, pocos dudaban de que hubiera sido él quien las cometía, por lo que, al cabo de un tiempo, empezaron a conocerlo como «el caminante» o «el viajero». El *vwayajè*.

Así, con el paso de las generaciones, el esclavo sin nombre que escapó del primer barco se convirtió para todos en un ejemplo. A veces de lo que era correcto y, en ocasiones, de lo que no lo era en absoluto. Con el transcurso de

los años, las formas de verlo cambiaron. Los que profesaban la religión de los señores lo convirtieron en un espíritu burión, en algo parecido a un diablillo travieso o incluso en un descendiente del mismísimo señor de los infiernos. Los que ponían sus esperanzas en las tradiciones mestizas que eclosionaron a partir de las creencias de un millar de tribus, lo introdujeron en su panteón, en una posición que rozaba la marginalidad, pero aun así dentro de él. Transfigurado en poco más que un espíritu errante y un *lwa*. Pero todos ellos también lo transformaron en el protagonista de un millar de historias que sirvieron para hacer que sonrieran incluso en la peor de las situaciones, mientras aguardaban a que las tornas se volvieran y la libertad que habían perdido regresara. Luchando por ella o sin hacerlo.

Si el esclavo murió de hambre a los pocos días de su huida o continuó con la vida de aventuras que se le atribuye, es algo que no recoge la leyenda y se convierte en realidad. También es algo que no podemos saber y que nos supera en mucho. Sin embargo, eso no importa demasiado.

No cuando solo pretendemos contar una de las muchas historias sobre su mito.

UNO

HACÍA UN CALOR HÚMEDO, QUE llegaba a ser incluso bochornoso cuando el viento dejaba de soplar. El murmullo del mar se extendía a su alrededor como una sinfonía capaz de llenarlo todo, transmitiendo la calma y la placidez de las mareas. Entre los múltiples sonidos, podían distinguirse los de las olas, lamiendo la playa, y también sus chapoteos cuando golpeaban las rocas sueltas y amontonadas de la costa, puliéndolas y humedeciéndolas con su espuma. Aquellas eran muy distintas a las de su infancia, aunque no por ello mejores o peores. El ambiente estaba saturado con el olor de la sal, la palma y el hibisco. No en vano, había macizos repletos de flores a tan solo unos pocos pasos de allí, donde la sal era menos abundante. También oía a goma quemada. Un neumático sobresalía de la arena, chamuscado y ennegrecido por el toque de las llamas.

«Críos», pensó Charlie, utilizando su pala como una palanca para desenterrar la parte de la llanta que se mantenía oculta. Cuando consiguió sacarla, con mucho esfuerzo y sudor, resultó que estaba entera y que era demasiado grande para la bolsa de plástico azul que había dejado en el suelo. Para llevársela, tendría que llamar al encargado y usar la carretilla.

Charles *Charlie* Manley era un hombre de mediana edad, con la tez tan oscura que no pasaba inadvertida entre sus vecinos —la mayoría de las islas como él— y con una sonrisa encantadora, blanca y tan amplia que, cuando se encontraba en su máxima expresión, podía compararse con la del propio gato de Cheshire. En aquel momento, tras el descubrimiento de la hoguera y el apestoso neumático en la playa, no sonreía. Su rostro, por el contrario, mostraba una mueca circunspecta, llena de una desaprobación que, aunque iba en contra de sus más profundas creencias, no podía evitar. Con aquel gesto todavía en el rostro, agitó la cabeza, negando y haciendo que los apretados *dreadlocks* en los que estaba peinado su cabello, le golpearan los hombros. No tardó en recuperar la serenidad por la que era famoso entre sus conocidos, aun-

que todavía quedó un poso amargo en su mirada, habitualmente alegre y diáfana. Un desagradable «quiero y no puedo».

—¿Qué pasa, Charlie?

El que acababa de preguntar aquello era Ed Woodbottom. Ed vestía como el resto de los hombres que había en las cercanías del antillano, con un mono naranja casi fosforescente y zapatillas con suela de caucho. Él iba descalzo y las suyas estaban atadas la una a la otra por los cordones y le colgaban alrededor del cuello, de tal forma que, cada vez que se inclinaba o hacía un movimiento brusco, golpeaban su amplio pecho.

Calvo, con barba de tres días y un pendiente en la oreja izquierda, la piel de Ed era mucho más clara que la de su compañero, a pesar de encontrarse bronceada por el inclemente sol de Florida. «Conducta desordenada y conducción bajo los efectos del alcohol», de aquello era de lo que lo acusaron y por lo que cumplía con el servicio comunitario todos los fines de semana desde hacía cerca de medio año. Y Ed no era de los peores entre los que se congregaban en la playa, pero sí de los más impresionantes. Su estatura y, sobre todo, su envergadura, lo hacían visible en la distancia, como un monolito humano de color estatal.

—Esto —dejó escapar Charlie entre dientes, con aquel tonillo musical que no podía evitar ni cuando se lo proponía con todas sus fuerzas, señalando la goma quemada mientras utilizaba su pala a modo de bastón—. Esos muchachos... no saben lo que hacen.

—¡Bah! Ellos ensucian y nosotros limpiamos. Es el ciclo de la vida, como siempre apuntas.

—Puede ser, pero no entiendo por qué.

—Tú lo has dicho: son muchachos. Los jóvenes hacen muchas...

Los reiterados pitidos de un silbato interrumpieron a Ed antes de que pudiera decir qué era lo que se suponía que hacían los jóvenes. Los dos hombres se volvieron hacia aquel estridente sonido. No lo hicieron con demasiada prisa. Aquella palabra, por razones bien distintas, no tenía cabida en las filosofías vitales de ambos.

Arrastrando los pies, Henry Grupps se acercaba a ellos. Rubio, rojo como un cangrejo debido al sol y vestido con un uniforme marrón claro, Grupps, al que todos llamaban «sargento», se creía el policía que nunca había llegado a ser. Ni siquiera era funcionario de prisiones, solo un hombre contratado por el condado de Miami-Dade para servirles de niñera.

—¿Qué estáis haciendo? —gruñó, deteniéndose ante ellos. Al contrario que los otros, en lugar zapatillas de lona, calzaba unos zapatos que siempre acababan llenos a rebozar de arena—. No le he dicho a nadie que se detenga... y señor Manley, ¿qué está haciendo aquí otra vez?

—Buenos días, sargento Grupps —lo saludó el aludido, con una de sus contagiosas sonrisas que hizo que multitud de arrugas se le formaran alrededor de los ojos—. Echando una mano, ya sabe.

—No tiene que venir. Sabe que, desde hace dos meses, es un hombre libre.

Grupps tomaba por tonto al isleño, pero lo cierto era que su aspecto destacaba entre el de los demás. Charlie no vestía con el mono naranja, sino con sandalias, unas bermudas medio rotas de color caqui y una camisa de flores desabotonada, que dejaba entrever bajo ella los orgullosos colores de la bandera de su Jamaica natal. A él también lo condenaron a realizar aquellos trabajos de limpieza, aunque por un asunto muy diferente al de Ed y durante mucho menos tiempo.

—Claro, sargento —replicó, sin moverse una pulgada, apoyado en la pala como estaba.

—Entonces, ¿por qué sigue aquí?

—Porque soy libre de hacer lo que desee —dijo Charlie, encogiéndose de hombros, sin dejarse impresionar por los modos del otro—. Usted mismo lo ha dicho.

—Sí, pero...

Henry Grupps se quedó sin palabras ante aquella respuesta. Durante el tiempo que el antillano permaneció con su grupo de trabajo, le sucedía muy a menudo. Era aquella manera de hablar, su forma de decir las cosas, tan tranquila que le crispaba los nervios. Parpadeó un par de veces con sus claros ojos y, después, eligió ignorar al bueno de Charlie y hacer como si no existiera. Arrastrando los pies por el peso de la arena y entre pitidos de su silbato, se alejó en dirección al grueso de la marea naranja.

—Ayúdame con la rueda —sugirió el jamaicano, haciendo palanca, sin acordarse de qué estaba hablando con Ed antes de que los interrumpieran—. Entre los dos no tardaremos apenas nada en sacarla de ahí.

Extrajeron el neumático del suelo con un sonido húmedo, de succión, y el olor a goma quemada se hizo más fuerte. Ed, poniéndose unos guantes, lo levantó en vilo en cuan-

to les acercaron la carretilla. Flexionando sus potentes brazos, lo dejó caer sobre ella. El metal se quejó, lastimado por el súbito peso, pero aguantó bien, apenas hundiéndose en la arena. Grandes trazas negras quedaron sobre el uniforme del gigantón, como las marcas de un frenazo sobre el asfalto. El polvillo negro desprendido de los guantes de trabajo se unió de inmediato a aquellas señales, enturbiándolas y volviéndolas borrosas cuando se los quitó de nuevo y se agachó para contemplar su obra.

El agujero que habían hecho en la playa se desmoronaba sobre sí mismo, tizado de oscuro. En él quedaban latas de cerveza aplastadas, bolsas de plástico convertidas en bolas negras e informes y otros restos de basura, como podían ser pieles de naranja y trozos de cristal. Se apresuraron a echarlos a las bolsas y cubos antes de que el hueco se cerrara del todo y se convirtiera en una mancha salobre en el suelo.

Una vez terminaron, llevaron la carretilla hasta el sendero que había más allá de los aromáticos hibiscos y las palmas. A empujones, pues sus ruedas se atascaban cada pocos pasos, y con los ojos de Grupps clavados en sus espaldas, superaron las dunas. Ed Woodbottom mascullaba entre dientes con cada esfuerzo, con el tatuaje que le recorría el antebrazo izquierdo encogiéndose y estirándose a cada momento. Era una serpiente, una coral, y parecía que, con sus movimientos, se arrastrara sobre su piel, camino de su mano.

—¡Por fin! —exclamó el grandullón, con la frente cubierta de sudor, limpiándose con la manga y manchándose de negro—. ¡Nos habría costado menos traerlo en brazos!

—No sé. ¿Hasta qué hora...?

Los silbidos del sargento, agudos e insistentes, volvieron a interrumpir su conversación. Se había terminado el tiempo de trabajo para aquel grupo y el encargado, como siempre, parecía histérico. No le importaba que el trabajo se hiciera o que la playa, frente al parque natural de Biscayne, quedara limpia. A él le pagaban solo por asegurarse de que cada uno de los condenados cumpliera con el número de horas que había estipulado el juez, ni una de menos. Y, en el caso de Charlie, ni una de más.

—Señor Woodbottom, recoja esas bolsas. Nos vamos.

No se trataba del trabajo, sino del castigo. Un castigo que consistía mucho más en la humillación de ponerles

aquellas ropas y pasearlos delante de todos, que en obligarlos a limpiar y recoger basura con sus manos. A hacer un trabajo que, en condiciones normales, estaba reservado para personas como el propio Charlie. No para gente como Ed o Henry Grupps. Le gustaría verlo allí, vestido de naranja y agachándose para echar a la bolsa papeles, colillas y latas oxidadas. Solo para poder atisbar el gesto que pondría al hacerlo. Tal vez algo como aquello le suavizara las formas. Al menos, serviría para enseñarle un aspecto de la vida que desconocía.

—¿Por qué has venido? —le preguntó el enorme Woodbottom mientras se dirigía a alinearse junto con sus compañeros, repitiendo la pregunta de Grupps.

Allí, aguardarían a que el autobús del condado que les había llevado hasta el otro extremo de la playa al comienzo de la mañana fuera a buscarlos. Luego, todos juntos, irían al aparcamiento donde habían dejado sus propios vehículos. Cómo y dónde tenían que cambiarse de ropas era cosa suya. El sargento había pensado —y quienes pagaban su sueldo le dieron la razón— que obligarlos a regresar a sus casas de aquella guisa no era una mala manera de ponerles a prueba. El jamaicano no podría ir con ellos. La vieja tartana que los llevaba de ida y vuelta a la playa no admitía en sus asientos a alguien que no fuera de la comitiva vestida de naranja.

—No tenía nada que hacer y me gusta esta playa —respondió Charlie, volviéndose hacia la arena y las acumulaciones pedregosas en las que morían las olas—. Tampoco me molesta la compañía. Demasiado.

—Gracias por lo que me toca —se carcajeó Ed, frotándose el lóbulo de su oreja anillada.

—¿El sábado que viene más? —le preguntó el isleño.

—Si nada lo impide, sí —masculló el calvo gigante, al ver que el sargento se acercaba—. Hasta finales del mes que viene estaré aquí todas las mañanas de los sábados, si es que no me descuentan ninguna hora de trabajo por error. Ya me encargaré yo de que no pase.

—Entonces, aquí nos veremos —le respondió Charlie, a modo de despedida.

—¿Por qué lo haces? —le preguntó otra vez.

—Soy un hombre libre. —Sonrió el jamaicano, mostrando su espléndida dentadura de oreja a oreja—. Solo hago lo que haría cualquier hombre libre.

DOS

AQUEL DÍA, CHARLES MANLEY LLEGÓ temprano a su casa.

Llamarla casa tal vez fuera un tanto excesivo. Situada a un lado de la carretera, donde un caminillo de tierra se adentraba en una de las pocas áreas que no se encontraban ocupadas por campos de cultivo, casas y chalés, la caravana era lo más parecido que tenía a un hogar. La había comprado en un desguace y se alzaba un par de palmos sobre el suelo, apoyada sobre bidones de metal y tablones que se combaban por su peso. Una vez instalada, había añadido unas planchas de chapa acanalada para formar unos tejadillos y un toldo, que protegían más mal que bien de la luz del sol durante el verano.

De ella no podían echarlo y, aunque hubiera querido, tampoco podría irse. El eje delantero de la caravana se había roto y el coche con el que la había arrastrado, un Chevrolet Monte Carlo del setenta y cuatro, se había rendido poco después. Sus restos, saqueados por los desaprensivos, permanecían al otro lado de las cuerdas que utilizaba como tendadero, convertidos en una carcasa de chapa oxidada sin valor alguno. Varias matas de *sahel* habían crecido en su interior y asomaban sus hojas y largos tallos por las ventanillas. Charlie las sembró tras llenar el habitáculo de tierra. Eran de la familia de los hibiscos que crecían en la playa, aunque las semillas de aquellas las había traído desde su patria, junto con lo poco que había sacado de la isla. Además de recordarle sus orígenes, aprovechaba los frutos para comerlos y preparar té con ellos. En ocasiones muy especiales, se los regalaba a sus vecinos para que hicieran mermeladas y dulces. A nadie le disgustaban y los comían con nostalgia, ya que resultaban imposibles de encontrar en ninguna otra parte de la ciudad.

El autobús en el que había llegado, que hacia el recorrido desde la playa hasta Homestead y que solo se desviaba al llegar a Winter Palms por casualidad, volvía a arrancar cuando Charlie abrió la nevera portátil que tenía medio escondida detrás de los tablones que sujetaban la estructura de la caravana. Antes de que hubiera quitado la chapa al

botellín de cerveza, los reflejos del vehículo ya habían desaparecido, tragados por una nube de polvo. En unos pocos minutos, atravesaría los barrios periféricos de la ciudad, de regreso al norte. A Charlie no le gustaba el norte, la mera palabra en sí le hacía pensar en hielo, soledad y frío. El frío solo le agradaba en las bebidas.

La ciudad. Darle aquel nombre era tan exagerado como decir que la caravana en la que vivía era una casa. Las pocas calles que aquella línea recorría eran una prolongación del este de Winter Palms. Casas rodeadas de jardines que, a medida que se apartaban de su hermana mayor y se aproximaban a las lindes del Parque Nacional de Biscayne y sus alrededores, eran más amplios y descuidados. Allí no había ricos, como en las postales que los ancianos de la residencias de Orlando o Los Cayos enviaban a sus hijos —que nunca los iban a ver ni los llamaban por teléfono—, ni apenas clase media. Era una barriada ocupada por inmigrantes, aunque los de allí no eran expatriados cubanos, como los de las ciudades de verdad. En Winter Palms, y aún más a sus afueras, los que predominaban eran los haitianos, dominicanos, trinitenses y jamaicanos, como él. Muchos habían llegado allí como ilegales y la mayoría no tenían donde caerse muertos. Trabajadores por cuenta ajena en la Tierra de la Libertad, con empleos que nada tenían que envidiar a aquella esclavitud con la que sus antepasados habían convivido y contra la que habían luchado. Trató de no pensar en aquello y centrarse en la bebida, aunque hacerlo nunca lo llevó por el camino más recto. La vació de dos tragos. Cuando bajó el botellín tras el segundo, una figura se aproximaba por la carretera, a pie y siguiendo la ruta inversa al autobús.

El isleño aguardó a que llegara, sentado bajo el toldo y tratando de evitar todo el calor que le era posible. El sol, no eran las doce del mediodía, caía de plano sobre su cabeza. La chapa del tejado gemía llena de lástima, recalentada durante todo el día, dilatada y deformada. Por no haber, no había ni insectos que se acercaran a ella. Terminó la bebida y enterró el botellín hasta la mitad en la tierra del suelo, junto con una docena más, en una especie de cementerio de elefantes.

La silueta fue haciéndose más clara a medida que se acercaba, con un paso lento y comedido, dejando ver primero un sombrero panamá sobre su cabeza y después un perfil flaco como un palo seco, que se apoyaba sobre un bastón de caña tan delgado como él.

El recién llegado dejó la carretera y se internó por el senderillo de tierra y grava que conducía a la caravana de Charlie. Al cabo de unos pocos pasos, lo que antes era una silueta lejana, ganó en consistencia. Camisa de lino blanco sobre unos pantalones del mismo material, sandalias y el inconfundible sombrero adornándole la cabeza y tapándole el rostro con la sombra de su ala. Aun sin él, su cara no mostraba muchos más detalles que la del jamaicano. Tenía la piel oscura como un tizón, una mancha entre sus ropas claras. En aquel instante no sonreía, parecía que el calor era un mal amigo de las alegrías, y sus abultados labios formaban una escueta línea recta. Sobre ellos, su nariz era una forma imprecisa. Solo sus ojos, de un color tan claro que cualquiera habría jurado era imposible en semejante hombre, se dejaban ver. Azules, chispeantes, a pesar de que del resto de Prosper Dechamps no pudiera decirse lo mismo. Su rostro, al igual que su cuerpo, se encontraba demacrado desde mucho antes de que se conocieran en Florida, tan delgado como el de un espectro y cubierto de arrugas. Los rizos de pelo que le sobresalían bajo el panamá eran de un color blanco grisáceo que apenas contrastaba con su sombrero. Los de un anciano. Pero no lo era. Prosper, el señor Dechamps o *papa* Dechamps, como lo llamaban en la calle Saint George, una de las más pobres en Winter Palms, no llegaba a los sesenta años. Su aspecto poco tenía que ver con su edad.

—*Bonswa*, Charlie. Me alegro de volver a verte —lo saludó con aquel acento que mezclaba las voces del inglés mal aprendido tras su llegada al continente y el criollo jamaicano que había hablado durante la mayor parte de su miserable vida. Porque, si en Winter Palms la gente estaba a un paso de la indigencia, la vida de Prosper Dechamps no podía describirse con una palabra distinta a misérrima—. Hacía mucho tiempo que no hablábamos. *Kijan ou ye?*

—Muy bien, *papa*. Y sí, es verdad que ha pasado bastante. —Sonrió el isleño, de pie, invitándolo con un gesto a pasar a aquel lugar que había aprendido a considerar su hogar—. El sol se ha puesto muchas veces y la luna se ha elevado otras tantas.

—Lo sé. Las mareas han cambiado desde mi última visita y las estaciones han madurado —respondió Dechamps, dejando ver que varios de sus dientes estaban cubiertos de oro antes de quitarse el panamá para poder rascarse sus grisáceos rizos—. El tiempo no ha pasado en balde, sin em-

bargo. ¿No tendrás algo de beber que ofrecerme? *Mwen swaf anpil.*

—Tengo unas cervezas y guardo una botella de ron para las ocasiones especiales. Aunque no creo que sean horas para empezar con él.

—No me importaría, pero preferiría un refresco.

—¿Un refresco? —Sonrió Charlie, extrañado—. ¿Desde cuando el *papa* de Saint George toma refrescos?

—Por el médico. Dice que mi hígado ya no es el que era, está *maladi*.

—Tengo soda ahí dentro, aunque estará caliente.

—*Pa gen pwoblem* —dijo Prosper, con un movimiento de cabeza tan leve que apenas resultó visible—. En casa nunca pudimos permitirnos esos lujos.

El isleño subió los tres escalones que separaban la caravana del suelo y tiró de la portezuela hasta que, tras varios intentos, logró abrirla con un largo chirrido y una cascada de polvo y tierra seca. Después, entró. Allí apenas se estaba más fresco que en la calle.

La luz del día entraba por las mosquiteras que tapaban los cristales, tamizada, o se filtraba por los cartones que había instalado para evitar la claridad. Al fondo, había una litera y las paredes de ambos lados estaban cubiertas por estanterías, dejando libre tan solo el espacio que ocupaba una diminuta cocina de gas y la estrecha puerta que conducía al escusado. Sobre los estantes se hallaban la multitud de objetos que había ido recogiendo de aquí y de allá. Se agachó para coger una lata del inferior. Varias cucarachas echaron a correr cuando trató de separarla de las otras cinco. Uno de los insectos se detuvo a media huida y movió sus antenas y sus élitros, produciendo un curioso crujido. Después fue a reunirse con los otros, en una de las muchas grietas abiertas en el óxido de la estructura.

Cuando Charlie salió, *papa* Dechamps había tomado asiento junto a la puerta y se frotaba sus flacas pantorrillas a través de los pantalones. Los dedos de sus pies se dejaban ver entre las tiras de cuero de las sandalias. Le faltaban varias falanges y las uñas de los que tenía enteros eran amarillentas y estaban enquistadas. La de uno de sus dedos gordos estaba rota, siguiendo una línea quebrada, con la forma de un rayo. Los azules ojos del haitiano se mantenían fijos en la uña rota. Dejaban ver un profundo dolor que no se permitía mostrar ante los demás. Tampoco ante Charlie. Al

escucharlo llegar, levantó la vista y tendió la mano para coger el refresco. Le puso la soda en ella, una lata roja, blanca y plateada. La abrió y bebió.

—*Mesi*, pero tenías razón: está caliente. No debí dudar de tu palabra.

—Siempre tengo razón, aunque sea a mi modo. ¿Qué es lo que quieres, *papa*? Si has recorrido la carretera y el sendero, no ha sido solo para beber una soda caliente. Nos conocemos desde hace demasiado —argumentó Charlie. La sonrisa de su boca permanecía allí, colgada entre sus facciones como un trozo de luna, pero sus ojos no sonreían—. No has venido tampoco a contarme lo de tu hígado. Mucho me temo que ese asunto me importa más a mí que a ti.

Prosper Dechamps bebió otro sorbo de su lata de soda, sin decir palabra. El fresco lino con el que vestía estaba manchado de polvo del camino. Los dedos de sus manos, terminados en unas uñas tan amarillentas como las de sus pies, arrugaban el ala del sombrero. Sus ojos claros volvieron a perderse entre ensoñaciones. Ensoñaciones que tenían mucho de pesadillas. Aparte de misérrima, la vida de *papa* Dechamps había sido tan horrible que el jamaicano apenas podía imaginársela. O quería imaginársela. Su imaginación llegaba muy lejos cuando se lo proponía.

El calor húmedo del mar resultaba exasperante. A pesar de encontrarse a poco más de una docena de millas tierra adentro, no corría brisa alguna. El caminillo de grava, la carretera alquitranada y la tierra sobre la que se encontraban estaban resecos, aunque no hacía mucho que había llovido. El agua, tragada por el suelo, solo servía para alimentar a las corrientes subterráneas. Bajo la arena y la tierra parda, miles de millones de diminutos canales se unían a los ríos subterráneos que daban de beber a los pantanos de la región. Como en el haitiano, poco tenía que ver la superficie con lo que había debajo de ella.

—¿Qué es lo que quieres? —repitió Charlie.

—Tienes que devolver algunos de los favores que me debes.

—Sabes que no es necesario recurrir a esos términos en los días que corren. —Rio, con las manos metidas en los bolsillos de sus bermudas. Los colores de la bandera jamaicana quedaron así más expuestos que de costumbre.

—*Non*. Mucho me temo que para esto sí.

La mueca de desinterés y abulia que solía rondar el rostro de Prosper se transformó en una de preocupación. Lo

hacía siempre que tenía que dar una mala noticia y, en su oficio, aquello no era raro. Si lo era que tuviera que dársela a alguien como Charlie. Pero, si recurría a deudas, favores y pagos, el jamaicano no podía negarse. Aparte de por los muchos pactos que había entre ellos, porque, con el tiempo, además de resultarle simpático, se convirtió en uno de sus escasos amigos. Cosas de hacerse mayor, suponía. Aunque para poder aceptar, primero tendría que escuchar lo que iba a proponerle.

Mientras aguardaba, se agachó y sacó otra cerveza de la diminuta nevera. Un cable partía de ella y se unía a otros que, enfundados en una vieja manguera, se perdían un par de palmos por debajo del suelo para reemerger junto a una de las torretas eléctricas que guarnecían la carretera.

Había hecho los empalmes con la ayuda de uno de los sobrinos de *papa* Dechamps. Una toma ilegal, como tantas otras en el barrio, para la que habían utilizado unas largas escaleras, trepando por ellas en plena noche a fin de asegurarse de que nadie de la compañía los estuviera observando. Los vecinos no denunciarían sus actividades. No tenían nada en contra del jamaicano y muchos estaban en una situación parecida. Sin embargo, *papa* no se refería a aquel tipo de favores. Hablaba de otros, los que ataban con fuerza.

Bebió de la botella fría mientras el haitiano lo hacía de la lata caliente. A pesar de la ventaja que le llevaba, lo igualó en los últimos sorbos. Cuando terminó, enterró el botellín del mismo modo que lo había hecho con los otros. Al seguir los círculos de las bocas que sobresalían del suelo, no le resultó difícil imaginarlos como uno de esos pasatiempos consistentes en unir puntos hasta obtener una figura. Lo que vio en ellos no le gustó, del mismo modo que tampoco lo hizo contemplar el grupo de grandes cuervos —eran pocos para considerarlos como una bandada— que se habían amontonado en los cables eléctricos, justo encima de la encrucijada formada por la carretera y el camino de arena y grava.

—*Malè* —auguró Prosper Dechamps, mirándolos también. Uno de los brillantes dientes dorados que se encontraban al frente de su demolida dentadura, relució con la luz del mediodía—. Mala señal.

—Sí. No sé a qué aguardan, pero no es bueno. —Charlie no se quedó atrás. El *papa* de Saint George era muy capaz de leer el futuro en los pájaros, o al menos de fingirlo ante quienes querían creer sus palabras. Esa era una de las ra-

zones por las que más se lo respetaba en Winter Palms—. ¿De qué se trata?

—Nada que no hayas hecho antes —fue la única explicación que le dio. Después se puso en pie. Las rodillas, nudosas y destrozadas por la artrosis, le resonaron como un par de maracas.

Los cuervos se elevaron en una pesada nube que desapareció en dirección contraria a la ciudad, sobrevolando la carretera hacia el mar. El haitiano hizo una mueca que apenas deformó su ya de por sí arrugado rostro. No supo interpretarla.

—¿Cuándo necesitarás mis servicios? —le preguntó.

Los problemas iban al mar o venían de él, aunque el sentido que tomaran dependía en gran medida de una decisión. Las aves y su vuelo nunca habían estado entre sus preferencias. Mirarlas era como observar las nubes. Podían ser muy hermosas y levantar gran envidia con su vuelo, pero no decían nada que no supiera ya de antemano. Quienes pensaban que era así, o eran más listos que él, o mucho más tontos. Charlie se había propuesto no juzgarlos ni por lo uno ni por lo otro.

—*Demen*, al anochecer, en la parte de atrás de la casa de *madanm* Brooks.

—Allí estaré. Con poco tiempo me adviertes, *papa*.

—*Mwen regret sa*, pero el *mal* ha sido reciente. Esa noche nos veremos. Tras el atardecer, no antes. Es desconfiada. *Nap we*.

—*Nap we, papa*.

Charlie Manley observó cómo, tras calarse el sombrero, *papa* Dechamps se alejaba cojeando por el sendero. *Mal*, había dicho, pero aquella palabra en el *creole* que se le escapaba de continuo quería decir muchas cosas. Aspectos similares de lo mismo, pero que no eran idénticos. Podía ser una enfermedad o cualquier otro asunto de mal cariz.

Prosper apenas se había alejado medio centenar de pasos cuando se decidió a llamarlo. Al detenerse, se acercó a él otra vez con un ritmo cadencioso que nada tenía que envidiar al suave cojeo del haitiano. Quería acercarse a la tienda. Las cervezas escaseaban y necesitaría algo para cenar aparte de los frutos de *sahel* que llevaba en el bolsillo. Irían a Winter Palms juntos. Mientras tanto, podrían charlar de temas menos serios que aquel, y el camino en compañía no se les haría tan pesado.

TRES

UNA LARGA VALLA DE MADERA llena de desconchones ocupaba gran parte de una de las esquinas de Saint George con Roosevelt. Ningún Tom Sawyer la había pintado jamás y ninguno lo haría nunca. No se extendía demasiado. Unos pasos más allá, la continuaba una verja metálica, llena de agujeros y de cuyos alambres colgaban cientos de cintas y papeles de colores que se balanceaban con la brisa. La verja tampoco parecía demasiado perdurable. Una pared de ladrillo rojo le ponía fin, igual que lo hacía con el solar lleno de malas hierbas y porquería amontonada que había al otro lado de la valla y la verja metálica, y que los drogadictos del barrio utilizaban para dejarse llevar por los psicotrópicos. Cuando no por algo peor.

El muro de ladrillo carmesí pertenecía a uno de los pocos edificios de tres plantas de la calle, que, a su vez, albergaba una de las escasas tiendas de aquella zona de Winter Palms. En lo alto de aquel muro, había un gran cartel pintado sobre los ladrillos, tan descascarillado como la valla y anunciando una sopa que llevaba una década sin fabricarse. En la fachada, otro cartelón de madera y repintado una y cien veces, ocupaba el espacio entre la planta baja y el primer piso. Apenas podían apreciarse las palabras que, bajo las pálidas letras que entonces lo llenaban, habían servido para nombrar a aquel establecimiento en épocas anteriores. Sobre ellas, las que rezaban COMESTIBLES BROWN parecían relucir con luz propia, separando las ventanas de los apartamentos que había encima de los escaparates enrejados.

La sombra de una bandada de aves pasó entonces por encima de las casas, las vallas y el asfalto solo para desaparecer por la calle Saint George adelante. Unos instantes después, se escuchó el sonido de pasos. Pies y el extremo de un bastón intercalándose entre ellos, remarcándolos como solo *papa* Dechamps sabía hacerlo. Su figura, flaca igual que la de un lobo viejo y esquelético, apareció en la esquina de madera. Junto a ella lo hizo la de Charlie, con la frente a la

altura del ala de su sombrero. Aunque el jamaicano era media cabeza más alto que él, caminaba con el torso doblado, con unos andares despreocupados que hacían que sus brazos se balancearan involuntariamente y sus piernas se arquearan en una posición que habría hecho que cualquier madre o abuela se sintiera tentada a recriminarle.

Mientras caminaban, continuaban con la conversación que habían iniciado en el lejano camino de grava. Al contrario que los pájaros, tras ellos no dejaban sombra alguna. El sol del mediodía, suspendido sobre sus cabezas como si se negara a bajar de allí, solo permitía que unos diminutos charcos de negrura, idénticos a oleosas manchas de petróleo, se formaran justo bajo sus pies.

El haitiano se limpió el sudor de la frente con un pañuelo. En su patria, de la que se marchara más de veinte años atrás acuciado por la pobreza y el hambre, había vivido calores mucho peores que aquel, pero por alguna razón que incluso él desconocía, el de aquellos días resultaba sofocante para todos. Charlie, a su lado, sonreía divertido. Su gesto cambió al pasar junto a la valla y oler el hedor que emanaba del descampado. Podredumbre unida a una peste a goma quemada que se parecía mucho a la de la playa. Su sonrisa, amplia y contagiosa, desapareció como por ensalmo para después volver en el momento en el que una súbita ráfaga de viento apartaba de ellos sus respectivos males. Al menos los que les atormentaban en aquellos instantes.

—No le había quitado *zye* hasta entonces, pero entonces llegó la *fanm*. Ancha de caderas y con unas *tete* como para acampar en ellas. El caminante, el viajero, dejó de mirar las naranjas de la *djal* de inmediato. —Rio Prosper, haciendo que su rostro se cubriera de diminutas arrugas, como si fuera de cuero viejo y gastado—, y dijo...

—¡Mejor ponme de las maduras! —terminó Charlie la vieja chanza, con una risotada aún más fuerte que las de *papa*.

Aquella historia era muy vieja y ambos la habían repetido en infinidad de ocasiones, pero siempre le hacía gracia. Era tan sencilla que habría resultado graciosa en cualquier parte. Un campesino de China o un trabajador del metal de cualquiera de las ciudades del norte del continente se habría reído de la misma forma que lo hacían ellos tras escucharla. Lo importante era escoger el público. Masculino a poder ser.

—¡Hacia años que no me reía tanto! Ha sido un placer caminar a tu lado.

—*Mesi, papa*, pero no son buenas horas para permanecer al descubierto.

—*Non*, tienes razón. Mejor será que busquemos un lugar donde resguardarnos del bochorno —le respondió Prosper Dechamps—. Aunque cada uno por su cuenta. La señora Brooks...

—Lo entiendo. Entonces, nos encontraremos mañana por la noche.

—*Wi*. Después de la puesta de sol. *Nap we*, Charlie, gracias por la bebida y tu compañía.

Papa Dechamps cruzó la calle, balanceándose sobre sus dañadas piernas e intercalando sus pasos con el sonoro apoyo del bastón de caña sobre el recalentado asfalto. Bajo la luz, sus ropas de lino blanco parecieron refulgir durante un instante sin que el polvo que se había posado sobre ellas fuera capaz de enturbiarlas. Instantes más tarde, su delgado cuerpo se refugiaba bajo la sombra de una de las casas cercanas y desaparecía, sin que de él quedara otra cosa que no fuera el golpeteo de la madera.

Charles Manley se quedó mirándolo durante todo aquel tiempo, y un poco más, con las manos metidas en los bolsillos de sus bermudas y una mueca todavía divertida por las chanzas y bromas que habían compartido a lo largo del camino. Si algo le gustaba, eran las historias. Las de Johnie Dos Pasos, las de los tres hermanos y, sobre todo, las del caminante. Porque del *vwayajè* había muchas historias, algunas solo picantes como aquella y otras mucho más atrevidas. Nadie sabía en ninguna, sin embargo, de dónde había venido o a dónde se dirigía. Solo que estaba ahí y que hacía que la vida de quienes lo rodeaban se convirtiera en algo, si no más entretenido y alegre, sí mucho más interesante.

Pero el sol golpeaba con fuerza e incluso el jamaicano sintió la necesidad de buscar un lugar más fresco en el que resguardarse durante las peores horas del día. Sin prisas, reinició su camino, arrastrando los pies al ritmo de la música inaudible que llenaba tanto sus movimientos como sus palabras. El viejo ritmo del caribe que muchos habían tratado de imitar y pocos habían conseguido. El viejo ritmo de la tierra que los descendientes de los esclavos arrancados de las lejanas costas africanas habían llevado con ellos, en su cabeza, en su corazón y en su sangre.

No tuvo que andar mucho. La tienda de comestibles de los Brown estaba a unos pasos, después de que la verja de metal se uniera con el muro de ladrillos rojos y el hedor que escapaba tras ella se difuminara, aunque sin llegar a desaparecer por completo.

El escaparate de la tienda estaba protegido con un enrejado al que se le había añadido una recia malla metálica, no muy diferente a la verja que moría a su lado. La pobreza, tomada por algunos como derecho para hacer lo que les venía en gana, había provocado que aquellos cristales se rompieran muchas más veces de las que a sus dueños les habría parecido de lejos razonable. Ni tan siquiera aquellas protecciones, soldadas por el hijo mayor de la familia que regentaba el local, tras uno de los peores actos de vandalismo, habían logrado lo que se proponían. Aunque sí había impedido que se llevaran nada. Las cajas de cartón que se repartían de manera desordenada al otro lado del vidrio roto, descoloridas por el sol hasta hacerlas irreconocibles y vacías o caducadas, continuaban allí, sin que hubieran podido arrancarlas de sus lugares de origen, como tampoco habían sido capaces de quitar el vetusto cartel pintado de sopa del lateral del edificio.

Charlie se detuvo frente a la cerrada puerta, protegida de idéntico modo por los retorcidos alambres. Durante unos instantes, aguardó a que le abrieran desde dentro, pero no hubo más movimiento que el vuelo de una mosca que se apresuró a posarse sobre su hombro para después corretearle por el cuello. La apartó con un ademán antes de acercarse al cristal, utilizando la mano como visera para evitar los reflejos de la luz. No había clientes a la vista y, por un momento, juró que tampoco nadie que los atendiera. Tuvo que buscar durante algunos segundos para dar con una de las gruesas rodillas de Joseph, el segundo hijo de los Brown, medio oculta tras el mostrador. Sonrió al verla y, sin apartarse de la puerta, apretó el botón enclaustrado en su marco. Un sonoro timbre, como un largo zumbido, resonó dentro y Joseph, *Joe* para medio barrio, estuvo a punto de caerse de la silla sobre la que dormitaba, antes de recuperar el equilibrio y asomarse para ver quién era el que se atrevía a interrumpir su plácido sueño. Al contemplar el rostro del isleño, sonriente y tan cerca de la puerta como el metal le permitía, volvió a desaparecer antes de acercarse de nuevo y llenar con su corpachón el marco de lado a lado.

Joe sería una o dos pulgadas más alto que Charlie, pero en anchura lo superaba por mucho. Los michelines se sucedían bajo su holgada camiseta como uno solo, sin apenas dejarse espacio unos a otros, abombándola hasta deformarla, de tal modo que las palabras impresas en ella resultaban ilegibles. La llevaba por fuera de los pantalones, tan anchos que en cada una de las perneras habría entrado el jamaicano entero, de color burdeos desteñido y demasiado largos para considerarse cortos, pero demasiado cortos para considerarlos largos. Calzaba deportivas, del número catorce y medio lo menos, de suela desgastada y abollonadas por los dedos que, en su interior, se apelotonaban como salchichas dentro de un frasco de cristal. Todo en él era excesivo, incluso su cabeza, grande, formada en apariencia por dos esferas que se fusionaran entre sí, la de sus múltiples papadas abajo y la de su pelo, peinado en un estilo *afro* que no podía estar más pasado de moda. Mientras con una mano sujetaba la puerta, su otro rollizo brazo se encontraba escondido detrás de su corpachón. Charlie hizo como si no se diera cuenta, pero Joe estaba rascándose sus inmensas posaderas con cara de alivio.

—Buenas tardes. Siento haberte despertado.

—No importa, hermano. —Bostezó el obeso personaje, echándose a un lado para dejarle pasar antes de volver a atrancar la puerta y regresar a su lugar, sobre un estrecho taburete que a duras penas era capaz de contener sus carnes, que rebosaban por cada uno de sus lados—. Ya iba a levantarme —añadió, alzando la vista hacia el reloj que colgaba de la pared, encima de la entrada—. Mi madre va a venir dentro de nada y no le habría gustado verme durmiendo.

—Me alegraré mucho de verla —le respondió el jamaicano, con una sonrisa y una inclinación de cabeza apenas perceptible, originada en la economía de movimientos de la que en ocasiones hacía gala—. Hace días que no hablo con la señora Brown y su charla siempre resulta agradable.

—No creo que ella se alegre tanto. Le debes lo último que compraste. —Las papadas de Joe se agitaron, en una especie de terremoto graso que le recorrió de forma gradual la parte inferior del rostro cuando negó con la cabeza—. Ya sabes cómo se pone cuando le deben pasta. Yo que tú, me largaría antes de que apareciera.

—No te preocupes, se pondrá muy contenta de encontrarse con alguien de la isla y volverá a perdonarme esos

cinco pavos —le dijo, al tiempo que se acercaba al mostrador y le ofrecía unos cuantos frutos de *sahel*. Joe Brown alargó la mano para cogerlos, incapaz de resistirse a la tentación—. Los cinco de la semana pasada y los que gaste esta. Porque sabe que acabaré por pagárselos. —Sonrió con aquella mueca de gato de Cheshire que tan buenos resultados le había dado hasta entonces y que era capaz de absorber la atención de los presentes sin dejarles ver otra cosa que no fueran sus blancos dientes—. Así que ya puedes anotarlos en mi cuenta.

—No tienes cuenta —gruñó Joe, sin amilanarse, tras meterse los frutos en la boca y masticarlos.

—Pues debería, ¡con el gasto que os hago!

—Solo tienen cuenta los clientes que pagan y tú no eres de esos, hermano. —Sonrió el gordo con ferocidad, compitiendo con su gesto con el del isleño—. Lo que quiere ver es unos cuantos de esos verdes. Ya sabes, lo que usa la gente para vivir.

Charlie ya se deslizaba a lo largo de los dos pasillos formados por estanterías, mientras sus dedos recorrían los productos que había en ellas. Pasó a través de los paquetes de café sin tocarlos, pues ninguno era de su gusto, y solo se detuvo al llegar a la sección en la que se amontonaban las latas de conserva y en la que estaban los macarrones. Cogió una buena provisión de ambos y un pack de seis botellines de cerveza antes de regresar hasta la mesa tras la que, como una montaña subida en un precario mástil, se alzaba Joe. Con un gesto alegre, lo dejó todo allí, sin que, desde las alturas, le quitara la vista de encima y volvió al pasillo, para buscar el resto de lo que precisaría. No miraba las fechas de caducidad. Todas ellas, sin excepción, estaban al límite. Siguiendo la política de los antiguos dueños de aquella tienda, los Brown se hacían con sus productos por medios que no eran los más habituales. No resultaban ilegales del todo, pero, con una inspección de sanidad de por medio, lo habrían parecido. Mucho.

—Espero que tengas con qué pagarlo —le gritó, sin bajarse del asiento.

—No lo dudes. —Charlie sacó de uno de sus bolsillos un par de bolas de papel, tan arrugadas que, en la distancia, resultaban irreconocibles y se las mostró a Joe desde el otro extremo de la tienda—. Pero podríamos hacerlo aún más divertido.

—¿Divertido? ¿Qué hay más divertido que yo te dé comida a cambio de dólares? —No dio su brazo a torcer—. Esta vez no me vas a engañar con una de tus apuestas.

Joe Brown era todo un personaje, igual que lo era su hermano Jules y su madre, Trelawny. La señora Brown era de Saint Andrew, a pesar de su nombre, pero su padre, el difunto Lester, había nacido en Luisiana. Un tipo simpático aquel Lester, o eso era lo que a Charlie le había parecido, ya que había muerto a los pocos meses de llegar él a Winter Palms. Aún más grande que Joe, había sido camionero en su juventud, hasta que los problemas con el sobrepeso lo obligaron a buscar un empleo más reposado. Como *papa* Dechamps, siempre contaba las mismas historias, graciosas algunas, tristes otras, pero en su caso todas protagonizadas por profesionales del volante. A pesar de que ya no podía ni tan siquiera entrar en la cabina de uno de aquellos trailers de los que tanto le gustaba hablar, nunca dejó de considerarse un hombre de la carretera. De cómo conoció a Trelawny Jones nunca hablaba. Ni ella tampoco de cómo lo conoció a él. Pero eso fue hasta que a sus hijos los atropelló un automóvil, a las afueras de Winter Palms y, acto seguido, sufrió el infarto que lo dejó postrado en la cama. Un par de semanas después, mientras ellos se recuperaban, llegó el segundo. Su corazón no soportó aquel golpe y nada pudo hacerse por él. Lo enterraron en el pequeño cementerio de blancas lápidas que había un par de calles más allá de Saint George y que, por momentos, recordaban a las de los camposantos de su Nueva Orleans natal.

Estaba cogiendo la última lata de tomate cuando el timbre de la puerta volvió a sonar con un zumbido apagado que era como el de la mosca que le había estado molestando a la entrada, aunque mucho más fuerte. Un moscardón del tamaño de un puño, lo menos. Joe se inclinó en su taburete, haciendo que las patas que sostenían su orondo cuerpo crujieran por el esfuerzo de mantenerlo en el aire. Se agarró al estante que tenía detrás para no caer, haciéndolo temblar. Los cartones de tabaco que guardaba tras él se balancearon y las botellas de ron y whisky —en aquella parte del barrio la tienda de comestibles era también la única licorería— tintinearón al golpearse unas contra otras. Lo que vio a través del cristal enrejado no pareció disgustarle porque, anadeando, con sus fofas carnes balanceándose de un lado a otro, se dispuso a abrir. Dio dos vueltas a la llave y se apar-

tó para dejar paso a su madre, Trelawny Brown, de soltera Jones.

Al verla, nadie habría dicho que la señora Brown, *madam* Brown la llamaba Prosper, arrancándole una risilla que era como el sonido de pequeñas campanas, era la madre de Joe. Llevaba un vestido marrón oscuro, estampado con flores de un color apenas más claro, y era esbelta, delgada a pesar de sus rotundas formas, tanto que bien podría haber sido un personaje de cualquiera de las historias del *vwayajè*. No era, sin embargo, una mujer baja. Era apenas un poco menos alta que Charlie, aunque parecía superarlo en estatura debido a los complicados moños con los que peinaba sus cabellos. En aquel extremo sí se parecía a sus dos hijos. El gusto por el peinado era una de las pocas cosas que habían heredado de ella. Por lo demás, tenía alrededor de los cuarenta y cinco años y su rostro conservaba en buena medida la belleza de su juventud. En Jamaica, cuando no pasaba de los dieciocho, debían de haberla considerado una diosa. Poco de aquello se había perdido a pesar de haber dado a luz a dos gigantes como eran Jules y Joe, aunque bien es cierto que, cuando los tuvo una veintena de años antes, sin duda eran muchísimo más pequeños.

Nada más atravesar la puerta, dirigió una mirada intimidatoria a su propio hijo, que, después, recorrió el mostrador donde su compatriota había dejado su compra y pasó a dirigirse a este, cargada de algo que, si no era odio, bien podía haberse confundido con un sentimiento semejante. Charlie tuvo la impresión de que aquella mirada lo golpeaba, pero no cambió de expresión. Con la lata de tomate frito de la mano, fue hasta donde estaban los dos Brown, los sobrepasó y unió su carga a la de antes. Después se volvió hacia ella. Trelawny Brown no había apartado sus ojos de él. Sus labios, tan apetitosos como los de una jovencita, se torcían hacia la derecha, en una mueca asimétrica que habría podido asemejarse a una alegre de no ser por el fruncimiento de ceño que la acompañaba.

—Buenas tardes, señora Brown —saludó Charlie con su sonrisa de sandía, haciendo como que no la había visto hasta aquel mismo instante—. Está usted más hermosa cada día que pasa.

—Buenas tardes, señor Manley —dijo antes de volverse hacia su hijo. De su brazo derecho colgaba un bolso pe-

queño, de piel desgastada, y en la mano izquierda llevaba una bolsa en cuyo interior podía verse una forma plana, una especie de tartera—. Joseph, no le cobres ni un centavo menos de lo que debe. Mientras lo haces, estaré en la trastienda, haciendo cuentas. No quiero que me molestes por nada. ¡Ah, toma! Cómetelo mientras está todavía caliente —añadió, entregándole la bolsa y su contenido—. Es cerdo marinado con pimientos.

—¿Con salsa *jerk* ? —preguntó Joe, ansioso.

—Por supuesto.

Sin decirle una palabra más, la señora Brown se dio la vuelta y se dirigió a una estrecha puerta de madera que había entre un estante dedicado a las carnes secas y otro en el que se amontonaban docenas de piñas y bananas. Desapareció en la oscuridad que reinaba al otro lado en apenas unos segundos, para luego cerrar a sus espaldas. La luz de una bombilla, amarillenta y desvaída, se filtró por debajo de la puerta un instante después. Estaba evitándolo a propósito. Fue tras ella y cogió un paquete de tiras de carne. Lo dejó también en la mesa.

—Son doce con noventa y cinco —le anunció el joven Brown, después de meterlo todo en unas bolsas de papel y enredar un rato con la caja registradora.

—Aquí tienes. Quédate con el cambio, es justo lo que te mereces.

La mano del antillano se perdió en el interior del bolsillo de sus bermudas y resurgió con varias bolas de papel verde y una docena de monedas de cuarto, varios *nickels* y centavos en su interior, que fueron a parar al mostrador con un sonido metálico. Mientras Charlie cargaba las bolsas, el gordo Joe las recogió y, tal como le había ordenado su madre, contó el dinero con cuidado tras desplegar los billetes.

—Doce, doce con cincuenta, doce con noventa, doce con noventa y cinco. ¡Hermano, me lo has dado justo...!

Cuando Joseph Brown alzó la vista del mostrador, la puerta de la tienda se estaba cerrando. Una sombra pasó al otro lado de los paquetes y latas que se amontonaban en el escaparate. El jamaicano ya se había marchado.

CUATRO

ENCENDIÓ EL GAS UTILIZANDO UNOS fósforos y puso una cacerola con agua sobre las llamas. De inmediato, echó varias hojas de laurel y un buen pellizco de sal que, al calentarse, acabó en unos instantes con la transparencia del agua, volviéndola turbia y blanquecina. Mientras aguardaba, puso una sartén de hierro en el otro fuego y vació en ella una lata de tomate. Cogiendo una serie de minúsculos frascos de una de las estanterías, añadió a la salsa nuez moscada, pimienta jamaicana, ajo en polvo y, tras encogerse de hombros, unos pepinillos en salmuera que rescató del fondo de un bote de cristal. Después, fue vertiendo unas pizcas de otras hierbas y especias en la palma de su mano —incluida una pequeña porción de canela que no pretendía utilizar, pero que, con un nuevo encogimiento de hombros, dejó estar— y los añadió a la hirviente salsa antes de reducir la llama al mínimo para que no se pegara. Los borboteos del agua al cocer ya comenzaban.

Sacó una de las bolsas de macarrones y la abrió con la punta de un cuchillo que había en la pila y no estaba demasiado sucio. Echó dos puñados a la cazuela, que hirvió con furia durante un instante, levantando espuma. Aquel fuego también fue reducido con un suave giro del mando del gas, mientras, con la otra mano, usaba el cuchillo a modo de cuchara, removiendo la salsa con el mango. El olor de la pimienta y la nuez moscada no tardó en invadir el interior de la caravana, mientras Charlie removía y canturreaba para sí. «¡Quesol!», se dijo, al darse cuenta de lo que había olvidado coger de la tienda de los Brown. Tendría que ser sin él, porque ya no había forma de remediarlo y las tripas empezaban a protestarle. Serían ya cerca de las dos de la tarde, aunque no lo sabía a ciencia cierta. El reloj que tenía había dejado de funcionar hacía bastante.

Dejó de dar vueltas al cuchillo y apagó el fuego antes de abrir el grifo de la diminuta pila que había al lado de la cocina de gas. El agua cayó en un débil chorro que golpeó los platos sucios sin apenas arrancarles unas motas de grasa

con su escasa fuerza. Provenía de una manguera que, como la luz, había conectado de forma irregular, en su caso a una toma pública. Un barril, camuflado entre las chapas acanaladas del techo, le servía como depósito e improvisada caldera. En verano, tras las horas de mayor calor, podía permitirse incluso duchas con agua templada, aunque jamás caliente de verdad. Pero la que necesitaba entonces era de la fría. Con la ayuda de un plato, vertió el agua hirviendo sobre la pileta y, después, remojó la pasta en el chorro. Tras eso, la escurrió de nuevo y añadió la salsa a los macarrones, antes de arrojar la sartén sucia con el resto de los platos descascarillados y cubiertos roñosos que aguardaban, sin conseguirlo, a que algún día los fregara.

Metió un tenedor dentro de la cazuela y rebuscó en las atestadas estanterías hasta encontrar un bote de mayonesa. Con ambas cosas de la mano, salió al porche que había improvisado con lonas y se sentó en los escalones de la entrada. Seguía sin soplar viento y no había ni un alma a la vista. El sol, igual que un vigilante ojo de fuego, continuaba en las alturas, golpeando con sus rayos verticales y plomizos a cualquiera que no se molestara en buscar una buena sombra. Los cuervos no habían vuelto y, bajo los cables, el asfalto recalentado dejaba escapar unas nubes de vaho que formaban espejismos de charcos. Sonrió, sin que le importara apenas, y vació medio bote de salsa, amarillenta y espesa, sobre los macarrones. Tras remover bien el contenido de la cazuela, empezó a comer de ella. Hacía tiempo que no los probaba, aunque se trataba de uno de sus platos preferidos. Abrió la nevera y cogió una cerveza. La luz parpadeó antes de apagarse con un chasquido. Sería la última fría por un tiempo.

Se le había ocurrido que la pasta sería una buena comida mientras regresaba de la tienda de comestibles, de vuelta por la calle Saint George y, después, por una de las perpendiculares que desembocaban en la carretera. Allí no había sombra alguna tras la que resguardarse, pues la de los matorrales y vallas que bordeaban las casas apenas se apartaban de estos más que unas pocas pulgadas. No había nadie que se atreviera a salir de sus hogares, más aún siendo sábado y no habiendo necesidad para ello. Quienes lo hacían era por motivos de trabajo, por tener turnos que no podían evitar, pero esos solo eran siluetas en la lejanía, que recorrían unos pocos pasos antes de meterse en sus auto-

móviles y furgonetas para después desaparecer con un rugido, como el de un trueno, y una nube de humo azulado. Como en las calles, la vida dentro de los edificios casi no se dejaba ver y cuando lo hacía era de una forma apenas notable, apática. El sonido de algún televisor, unas voces apagadas o algo de música que, lejos de animar, hacían que el barrio antillano de Winter Palms pasara de ser un lugar deshabitado a parecer un pueblo fantasma.

Pero no fue en comida en lo único que pensó mientras recorría las abandonadas calles. Estaba el asunto de que Trelawny Brown siguiera rechazando sus halagos y el de *papa* y los favores que le debía y que había decidido seguir cobrándose en apenas dos noches. No podía negarse a hacerlo y ambos lo sabían. Las risas, los chistes y las simpatías personales nada tenían que ver con aquello. No habían tenido relación alguna cuando él le pidió ayuda a la hermana de Prosper Dechamps y no la tenían mientras se la devolvía a él, siguiendo los pactos y acuerdos. Eran cosas bien distintas que incluso alguien tan dejado como Charlie comprendía y acataba sin dudar.

Se llevó el tenedor a la boca, cargado de pasta caliente, y los sabores que se la llenaron fueron los de su otro hogar, aquel que había abandonado en el mar, en aquella isla que, comparada con el continente, parecía tan pequeña. Los sabores, la brisa agitando las palmas, todo lo devolvía a su Jamaica natal mientras vaciaba la cazuela, haciendo que los macarrones desaparecieran en el interior de su flaco vientre sin apenas abombarlo. Cuando terminó con ellos, masticó unas cuantos frutos de *sahel*, dejando que su pulpa se deshiciera sobre su lengua. Hizo pasar el resto con un último trago a la cerveza y se recostó contra el marco de la puerta, estirando las piernas todo lo que pudo, hasta que sus pies quedaron fuera de la sombra de la lona. Estaban cubiertos de polvo rojizo. Como había hecho el *papa* de Saint George, se quedó mirando los dedos que asomaban de sus sandalias, absorto en sus propios pensamientos.

Al menos hasta que el calor y la barriga repleta se aliaron y, juntos, le hicieron sumirse en una profunda modorra.

CINCO

SINTIÓ QUE CAÍA.

Fue un largo tiempo, agónico, en el que el aire le faltó y pensó que nunca más volvería a respirar. Una larga bajada a lo largo de un túnel oscuro, sin referencias que le indicaran la rapidez con que se desplazaba o hacia dónde iba. Un túnel hecho de una negrura absoluta, aún más que la de las propias sombras, igual que si se hubiera sumergido en un pozo de tinta inacabable, profundo y ancho. O estrecho, pero, de todos modos, demasiado alejado de sus manos para tocar sus paredes.

Y aun así, algo se movía en torno a él, revoloteando, agitando unas alas invisibles a su alrededor, en aquel aire que no era capaz de inhalar y al que tampoco podía agarrarse.

Mientras caía.

Y caía.

Y caía...

SEIS

CHARLIE DEJÓ DE CAER EN el mismo instante en el que abrió los ojos y lo único que se presentó ante ellos fue la lona que, tensa sobre su cabeza, se transparentaba para dejar pasar a su través los rayos del sol de la tarde. Estaba a los pies de la puerta de la caravana, tendido en el suelo. Debía de haber ido deslizándose a lo largo de los escalones mientras dormitaba, hasta quedar en aquella posición ridícula, tendido sobre el polvoriento suelo. El botellín que sostenía en la mano le daba todavía más aspecto de borracho. Lo soltó y se incorporó sobre los codos para quedar con la espalda apoyada sobre los peldaños. No habrían pasado ni dos horas y el sol, todavía alto, continuaba con aquel trabajo de cocer el suelo bajo él en el que tanto tiempo y tantos esfuerzos había invertido. La tierra, reseca y cuarteada a pesar de los cercanos humedales, era buen testigo de ello.

Lo primero que sintió, aparte de todo aquel resplandor, reflejándose y multiplicándose sobre cada superficie plana que encontraba, fue que sus sandalias, expuestas junto con sus pies a la luz directa, se habían recalentado tanto que su más mínimo roce resultaba doloroso. Se apresuró a quitárselas, soltando las tiras de cuero y con buen cuidado de no tocar la hebilla metálica, ardiente como el infierno. Una vez liberado de ellas, respiró aliviado y volvió a alzarse sobre los escalones. En el cielo, ninguna nube enturbiaba el azul paisaje que, liso como la superficie de un espejo, se extendía en todas direcciones. Ni siquiera los pájaros, convertidos en los peces de aquel extraordinario mar invertido, se atrevían a enfrentarse con la sofocante canícula, sin brisa que la apaciguara.

En el suelo sí había figuras que se movían, sombras oscuras que recorrían el asfalto a pie, como la mayoría de los visitantes que se acercaban hasta el hogar del jamaicano. No tan oscuras como las que lo habían rodeado en su pesadilla, empero. Charlie las recordaba bien, a pesar de que solo las percibió durante un infinito instante. Aquellas eran de las normales, aunque, con la blanca luz destellando en torno a ellas, resultaban más oscuras de lo común. Iban

caminando sobre los espejismos, distorsionadas como todo lo que se sumergía en ellos. Hombres sin piernas, hombres con dos torsos unidos por la cintura que caminaban con sus manos o se mantenían en equilibrio sobre sus cabezas. Hombres altos, alargados como postes que, un segundo más tarde, no podían ser más achaparrados. Hombres que eran todo extremidades...

En cuanto posaron sus pies en el camino de tierra, las ilusiones acabaron. Solo hombres, tres, caucasianos, vestidos con camisetas de tirantes y camisas de flores, dos con sus cabezas cubiertas con sombreros de paja y el tercero con una gorra de béisbol, con la visera medio ladeada. Curiosamente, aquel era el que parecía el más viejo de los tres blancos. Blancos, pero a un tris de ser rojos, con el tono de cangrejo cocido que teñía la piel del sargento Grupps. No conocía a ninguno de ellos, pero no dudaron en acercarse.

Uno de los que llevaban sombrero, con los ojos cubiertos por los cristales de unas gafas de sol verdes con la montura dorada, se adelantó a los otros y, sin molestarse en pedirle permiso, se adentró en lo que Charlie consideraba sus propiedades. Sonriendo, le tendió la mano, aunque aquella mueca era una pálida imitación de una verdadera sonrisa, sin que su boca se abriera y con los labios apenas curvándose hacia arriba.

—Señor Manley —dijo el hombre, de pelo moreno y sienes plateadas, tras aquel falso gesto, sin variarlo un ápice, igual que si se sintiera protegido por él—, el señor Brown nos dijo que podríamos encontrarlo aquí.

El isleño se quedó mirando su palma, como si no supiera qué hacer. El otro la retiró, azorado, para después colocarse con un gesto nervioso el sombrero de paja.

—¿Señor Manley?

—¿Qué es lo que quieren de mí? —preguntó Charlie con un gesto hosco, impropio de él. A lo largo del día había hecho muchas cosas que eran impropias de él: había trabajado, había aceptado devolver un favor del que no sabía nada, había pagado cuando en realidad no tenía por qué... En el mundo, algo se había roto, sin lugar a duda. Lo primero de todo, aquel tiempo, que no correspondía con la época lluviosa en la que se encontraban. Demasiado calor y poca agua para Florida. Las lluvias, el día que llegaran, iban a ser de órdago. Por no hablar ya de los huracanes.

—Él nos dijo...

—No sé que les diría, pero no es cierto —lo interrumpió.

—¿Eso significa que mentía o que solo exageraba? —preguntó el de la gorra, sin moverse del lugar que ocupaba junto a su compañero, en el caminito de grava y tierra rojiza.

Llevaba una camisa estampada con grandes flores azules y rojas, pero, en lugar de tenerla abierta, como la suya, casi la había abotonado hasta el cuello. No era un hombre que estuviese acostumbrado a aquella indumentaria y, por los gestos que hacía tras sus gafas de sol —parecidas a las del otro, pero de vidrios marrones—, se sentía desnudo sin la presencia de una corbata en las cercanías. Era alguien que había vestido un traje desde que iba a la escuela. Se lo veía perdido dentro de unas ropas que, más que ocultar lo que era, lo hacían resaltar. Como las brillantes luces de neón sobre un burdel.

—Lo que prefiera, señor. Puede elegir lo que quiera. —El rostro del jamaicano no mostró gesto alguno, cosa que en él era tan rara como su comportamiento—. Ahora, si los tres son tan amables, márchense de aquí.

—Le daremos mucho dinero.

—No me interesa su dinero. ¿Cree que si lo hiciera viviría así? —Señaló a su alrededor. Que pensarán lo que quisieran. Vivía tal y como había elegido hacerlo, aunque ellos no lo entendieran. Sus camisas, compradas en algún puesto de Miami, listas para los turistas, no lo engañaban. Las gafas eran caras. Más de lo que él habría estado dispuesto a pagar. Aunque nunca se había sentido tentado a hacer semejante cosa.

—Hablamos de mucho dinero —recalcó el de la gorra.

—No. —Su voz, aquel monosílabo, se vio acompañado por un trueno lejano que resonó en el firmamento sin nubes, haciendo que sus contertulianos tuvieran la sensación de que la temperatura había bajado varios grados. No lo había hecho. El sudor les empapaba las frentes, resbalando por ellas y llenándoles la ropa de oscuros cercos—. Váyanse. No lo repetiré.

—Recurriremos a otro. Nos dieron más de un nombre al que acudir.

El susurro provenía del que no había hablado hasta entonces. Tenía el sombrero de paja inclinado sobre sus rasgos, de tal manera que solo podía verse la parte inferior de sus gafas. No estaba tan bien afeitado como sus compañeros y llevaba una camiseta en la que se intuían dos palme-

ras entre las que corría una especie de caimán antropomórfico. Apeataba de tan nueva como era, sin que sus colores hubieran pasado ni una vez por la lejía o el jabón.

—No sé a quién.

—*Papa* Dechamps se encargará de hacerlo en su lugar —le respondió el que se había acercado hasta él, dándose la vuelta con un brusco giro. Después, continuó hablando sin mirarlo a la cara. En aquel momento, los lejanos truenos enmarcaron las palabras del desconocido—. Nos han hablado muy bien de sus habilidades. Lo lamento por usted. No sabe lo que se pierde.

—Mucho me temo que sí —murmuró Charlie, sin apenas separar los labios.

Los tres hombres caminaban ya por el sendero de grava, arrastrando los pies por él hasta llegar a la carretera. Una vez en ella, se mezclaron con los espejismos que el calor arrastraba y, al poco, dejaron de ser visibles, mientras se adentraban en las tórridas callejas de Winter Palms.

Buscando a Prosper Dechamps.

SIETE

MÁS TRUENOS SE ESCUCHARON A lo largo de la tarde. Aquellos ya no eran tan lejanos, sino que resonaban sobre el suelo con fuerza, haciendo que, en algunas ocasiones, tuviera la sensación de que este temblaba y se sacudía. No lo hacía, a pesar de que los relámpagos de los que iban acompañados se agitaban como serpientes de luz en el firmamento, dejando en él largas cicatrices que tardaban un tiempo en curarse. Las nubes, que unas horas antes no existían, aparecieron de repente, surgidas de ninguna parte. El cielo azul tardó minutos en cubrirse de gris, cada vez más oscuro y opaco y, entonces sí, la temperatura descendió varios grados de golpe. El ambiente se llenó de humedad, no solo la del lejano sabor del mar, sino de una humedad real, que podía paladearse y sentirse en cada uno de los poros.

Charlie, sin duda, lo hizo, con la camiseta abanderada pegada a su pecho por efecto del sudor. La camisa, con sus brillantes flores, colgaba de las cuerdas del tendedero, flameando de un lado a otro por las ráfagas del viento que acompañaba a la tormenta que se cernía sobre la tierra reseca, proveniente del océano. Se la quitó cuando empezó a resultarle molesta y la había abandonado allí, a la intemperie. Entonces mostraba sus brazos, largos, fibrosos y sin una pizca de grasa. En su lampiña y negra piel las cicatrices se sucedían. No eran demasiadas, nada del otro mundo, pero allí estaban. Marcas más claras, algunas de ellas elevadas y otras simples manchas pálidas sin mayor historia. Líneas que marcaban su vida mucho mejor de lo que podrían haberlo hecho las de sus palmas, que en aquellos momentos estaban dedicadas a desconectar la pequeña nevera portátil para ponerla a salvo de la lluvia, dentro de la caravana. Porque aquellas líneas hablaban de su pasado y no de un futuro que cualquier Casandra de tres al cuarto podría haber aventurado en las otras.

Algunas cicatrices eran rectas, como el sendero que llevaba hasta su nuevo hogar, pero otras zigzagueaban y se retorcían como el que había conducido al antiguo, allá en su

isla. Eran, ante todo, símbolos de lo que fue en otro momento, de heridas tan profundas como las que pudiera haber sufrido el *papa* de Saint George. No las acarreaaba del mismo modo que él porque, a pesar del carácter levantisco que mostraba en contadas ocasiones, el resto de su ser era tan liviano como su risa y no daba mayor importancia a los actos y hechos por los que las había obtenido. Para él no eran ni buenas ni malas; condecoraciones o estigmas. Solo un mapa sin el que, a veces, se sentía perdido.

No tardó demasiado en dejar el pequeño electrodoméstico —estropeado desde un rato antes— en el interior de su precaria vivienda y volver a salir. Los *dreadlocks* le golpeaban los hombros desnudos cada vez que se inclinaba, haciendo un ruido suave, mullido y sólido al tiempo. Los colores de la bandera jamaicana, tan pálidos como los de su camisa, se iluminaban cada poco con la luz eléctrica de los rayos, recuperando los colores que una vez tuvo, antes de perderlos al siguiente instante. Entre ellos, el rostro de Bob Marley, en blanco y negro y con un apellido solo separado del suyo propio por una letra, miraba en la misma dirección que él. Hacia el viejo y oxidado automóvil en el que se resguardaban los hibiscos más mal que bien. Bob Marley... aunque su apellido y su aspecto se parecieran tanto al del cantante de *reggae*, nunca compartió con él más que eso, su origen y el gusto por la música. Su filosofía nada se parecía a la de los rastafari. Aquella historia del panafricanismo tenía su gracia, no podía negarlo, pero con la divinidad de Selassie y la falta de alcohol no tragaba. Sí, su forma de actuar no distaba en algunos aspectos de la de ellos, pero bebía de unas fuentes muy distintas. Pocos sabían cuánto.

Después de ver el *sahel*, Charlie trabajó rápido y con cuidado. Cogiendo unas largas chapas acanaladas de un lado de la caravana, las asentó contra el arruinado vehículo, formando una especie de tejadillo de una sola agua por encima de las largas hojas. Aseguró su base lo mejor que pudo con grava y piedras, no demasiado convencido de que pudiera soportar lo peor de las lluvias y la tormenta. Pero aquello era todo lo que podía hacer, lo que debía hacer.

Una vez hubo terminado, trató de convencerse de que no había olvidado nada más. La mirada del cantante, junto a la suya, se movió sobre aquellos objetos que otros habrían considerado indignos de un vertedero. No encontró nada que le disgustara mientras la primera gota de lluvia lo gol-

peaba en el brazo, para después bajar por él siguiendo el curso de una de sus cicatrices más largas y retorcidas, dejada allí por una afilada alambrada.

Era bueno que lloviera, pero no que lo hiciera sobre él. Balanceando los miembros con aquel ritmo peculiar que preñaba cada uno de sus movimientos, buscó el resguardo de su tejado. La camisa, enredada en las cuerdas, se quedó allí. La lluvia se encargaría de lavarla y quitarle el polvo o de arrancarla de ellas y llevársela lejos, arrastrándola por los charcos y terminando de arruinarla. Eso no importaba.

Una, dos, cuatro gotas dispersas y, medio segundo después, un centenar, gruesas, calientes y cayendo con fuerza, atraídas por la sequedad del suelo. Un repiqueteo metálico se elevó desde la chapa que tenía sobre su cabeza, como respuesta a los impactos sordos sobre la tierra y la gravilla.

Otra alargada serpiente de luz se deslizó entre las nubes, iluminándolas desde su interior y, también, haciendo lo mismo con Winter Palms. Las lejanas casas brillaron durante un segundo para después apagarse y quedar sumidas en una oscuridad aún mayor. El sol se había marchado de repente, dejando que la noche se adueñara de algunas de las horas que deberían de haber correspondido al día. Charlie sonrió de forma abierta. Si bien la luz tenía su momento, también había uno para las tinieblas. Esa era una de las cosas que el antillano comprendía y adonde no parecían llegar sus vecinos. Todo tenía su lugar y en él estaba en equilibrio. Por la mañana, el sol y el calor regresarían y eso también sería bueno.

Y, con un poco de fortuna, sus hibiscos de *sahel* habrían sobrevivido al aguacero.

OCHO

NO HABÍA NUBES CUANDO EL sol se alzó en mitad de un cielo tan azul y plácido como el del día anterior y las únicas pruebas que quedaban de la tempestad eran los charcos y el olor a ozono. Charlie despertó en el mismo momento en el que el primer rayo atravesó las rendijas de los ventanucos y se coló entre las sombras de la parte inferior de la litera, donde solía dormir. No habría podido ser de otro modo. La superior se había convertido en una repisa más en la que se amontonaban docenas de trastos que, tras ser perdidos o abandonados por sus dueños, había recogido en las calles y acumulado allí, unos sobre otros, esperando su momento de gloria sin terminar de encontrarlo.

Tras ducharse, desayunar y comprobar que a sus plantas no se les habían roto más que unas pocas hojas, no pasó demasiado tiempo antes de que el jamaicano se encontrara en una de las calles cercanas a Saint George, de camino al centro de la ciudad. Hacia el centro, pero sin llegar a él. Antes de alcanzarlo, sus pasos se dirigieron hacia un callejón no muy alejado de la tienda de comestibles, y resguardado por ambos lados por vallas de madera apenas más altas que él, en el que la noche todavía parecía refugiarse.

El suelo estaba mal asfaltado y repleto de profundos charcos. También albergaba varios cubos de basura, llenos a rebosar y de los que debían de haberse olvidado, y varios gatos callejeros que huyeron entre resoplidos en cuanto se les acercó. Los ojos de Charlie, oscuros y con una intensidad que ningún café de aquel país podría alcanzar, no se volvieron hacia ellos, sino que siguieron fijos en el otro extremo del angosto pasaje, donde este volvía a abrirse. No a una calle, como en el otro lado, sino a un lugar que, aunque parecía ser mucho más amplio, resultaba perturbador, demasiado grande y pequeño a un tiempo. Aunque no tuviera en realidad ninguna de las dos cualidades y solo lo pareciera debido a que nadie quería convertirse en uno de sus habituales.

Era un cementerio.

Unas escalerillas descendían unos cuantos peldaños hasta el nivel en el que se encontraba. Allí, las lápidas se amontonaban, más que alinearse, igual que si incluso la fría piedra buscara el consuelo en la cercanía con sus iguales y huyera de la soledad. Solo dos líneas enfrentadas de mausoleos —más o menos rectas— rompían el aparente caos, dejando entre ellas un espacio que no era mucho mayor que el de la calleja que acababa de atravesar.

Los mausoleos parecían cajas de mármol y ladrillos, de poco más de cinco pies de altura, terminados en tejadillos apuntados y rematados con estatuas y crucifijos. En la parte anterior, sus puertas se mantenían cerradas con candados y, en ocasiones, cadenas. Así, unos frente a otros, daban la sensación de ser una especie de casas en miniatura, aunque saber que en ellas no vivían simpáticos enanitos les quitaba todo el encanto.

Sin embargo, los mausoleos no eran tan antiguos como parecía a simple vista. El más viejo tenía cerca de setenta años, lo que hacía que fuera casi doscientos años más moderno que la primera de las tumbas. Por lo visto, el camposanto estaba allí mucho antes de que el barrio se extendiera en aquella dirección hasta englobarlo. Era uno de los pocos restos de la pequeña comunidad que había estado en épocas coloniales en el lugar que ahora ocupaba Winter Palms, cuando aquel era territorio español o inglés, en aquellos tiempos en los que apenas había unos Estados y no podía decirse que estuvieran muy unidos.

Charlie pasó entre ellos y después ante varias cruces, lápidas rotas, estatuas de ángeles y vírgenes e, incluso, ante la tumba del propio Lester Brown, sin prestarle excesiva atención a ninguno de aquellos monumentos a la muerte.

Las baldosas sobre las que pisaba estaban sueltas y muchas habían desaparecido, haciendo que los charcos se convirtieran en diminutos pozos que, con sus pasos, temblaban y llenaban sus superficies de ondas. En ellas, los reflejos de las estatuas, iluminadas por las luces de la mañana y llenas de sombras, quedaban dotados de cierta, y preocupante, vida. Pero, como en el callejón, aquel tampoco era el lugar al que iba. Se dirigía hacia el sonido de campanas que se escuchaba más allá de las tumbas y que provenía de una pequeña capilla.

Al verla, igual que sucedía con el cementerio, quienes acababan de llegar a la ciudad creían que había sido sacada

de cualquier otro rincón del estado o del país y trasladada hasta allí como si fuera un castillo escocés o un árbol raro. Las tablas de sus cuidados muros de madera refulgían de tan limpias como estaban y la pintura se mostraba reciente, sin nada que ver con las construcciones que se elevaban en los alrededores, mucho más modernas que ella. En su parte posterior, algo más allá del altar mayor, el campanario se alzaba al menos el doble de alto que el resto del edificio. De él era de donde provenía el tañer que el antillano había estado siguiendo. Pero no era el único que había acudido a la llamada, porque, a lo largo del sendero que conducía hasta la puerta del templo, desde una de las calles principales que no seguían el atajo que él había tomado, también avanzaba mucha más gente.

Vestidos de domingo, con las mejores galas que podían permitirse, buena parte de los habitantes de la barriada de Winter Palms que rodeaba la calle Saint George se dirigía a la iglesia. Entre los que conocía, estaban los hermanos Brown, dos torres que escoltaban a su menuda madre. Ellos con trajes oscuros y ella de colores pastel y con la cabeza adornada con una pabela. Jules y Joe, el gran Joe. Charlie se preguntaba cuál de los dos habría dado su dirección a los tres tipos que habían ido a visitarlo el día anterior, pero no era a ellos a quien había acudido a ver. A su lado, también estaban la señora Manning, el señor Fernández, los Jones, los Richards y, por supuesto, los Forest, con Prosper De-champs a la cabeza. Como siempre, el *papa* vestía de blanco, aunque, por respeto al lugar donde estaba a punto de entrar, en lugar de sandalias llevaba zapatos.

El jamaicano, fue hacia él, subiendo los escalones de aquel lado del cementerio. Su camisa, llena de flores de colores brillantes y abierta por encima de la camiseta de tirantes, se hallaba más fuera de lugar aún entre las ropas bien planchadas y limpias de quienes entraban en el templo que entre las lápidas cuarteadas, grises y blancas.

Prosper, en cuanto lo vio, lo saludó con una inclinación de cabeza, mientras llevaba el bastón de caña hasta el ala de su sombrero, pero no se detuvo y entró sin más dilación por la puerta de aquella iglesia que refulgía bajo el sol tanto como él.

Quien sí se acercó fue Paul Forest, el menor de sus sobrinos. Era igual de delgado que él, pero mucho más joven. Su madre era la hermana mayor del *papa*, quien llegó a Flo-

rida unos pocos años antes que este y le dio asilo hasta que se instaló. Cuando murió un tiempo más tarde —estaba enterrada en el mausoleo más reciente de los que tenía a sus espaldas—, Prosper tuvo que hacerse cargo de sus hijos e hijas y se convirtió en su segundo padre a pesar de que ninguno de ellos compartiera su apellido.

—*Bonju*, Paul —lo saludó, con una sonrisa que de poco le sirvió ante el gesto del joven. Llevaba un traje de lino claro, parecido al de su pariente y muy distinto al mono azul que solía vestir de diario, pues su oficio era el de mecánico. Tenía los ojos grandes, aunque no de color claro, sino de un marrón muy común, la nariz aplanada y el mentón alargado pero de aspecto fuerte—. Tengo que hablar con tu tío de *madanm* Brooks. Y hay otra cosa que...

—*Salu e nap we*. No será esta mañana. Tiene que cumplir con los oficios y me ha pedido que nadie lo moleste —respondió, seco, mientras se daba la vuelta y se dirigía a la iglesia también, sin hacerle caso alguno. Paul era así. Incluso cuando lo ayudó a conectarse a la luz, con aquellas largas escaleras, no había dicho más que unas pocas frases entrecortadas. Sin duda, las ganas de dialogar y la conversación agradable, así como el acento, se habían quedado en la parte Dechamps de la familia.

Además de Charlie, no quedaba mucha más gente en el exterior. Algunos muchachos, que se habían escabullido de los suyos y se hacían los remolones junto a una de las paredes, mientras demostraban a sus amigos lo duros que eran al fumarse sus primeros pitillos; una pareja joven que había llegado tarde y un grupo de ancianas que, sin poder acelerar el paso debido a sus achaques, todavía se encontraba a medio camino de la puertecilla de madera blanca. Las campanas, para entonces, habían dejado de sonar y el sol se había alzado un poco más, haciendo que pudiera aventurarse un día que nada tendría que envidiar al anterior, lleno de un bochorno plomizo y exasperante, seguido —si había fortuna— de una nueva tormenta que los empañaría de nuevo llegada la tarde.

Las ancianas, cuervos enlutados que se movían con la velocidad de una tortuga, pasaron frente a los muchachos y les lanzaron una mirada reprobatoria que, acompañada de vagas amenazas, sirvió para que arrojaran las colillas al suelo y corrieran hacia el templo. Le dedicaron una parecida a Charlie cuando se arrastraron a su lado, con sus nudosas

manos apoyadas en gruesos bastones. Sus rostros, convertidos en diminutas pasas, exhalaban odio y rencor hacia todos y hacia todo. La juventud hacía tanto que se había marchado de ellos que ni siquiera podían añorarla porque no recordaban cómo era ser joven. Sí recordaban lo que había sido su vida —aquellas cuatro viejas achacosas tenían buena memoria—, pero no los sentimientos que habían tenido. Por eso odiaban lo que no entendían y sus ojos, cuencas negras perdidas entre las arrugas, las ojeras y las profundas cuencas, se clavaban en él con un gesto despectivo. Porque él no compartía la fe que ellas tenían, y era uno de los pocos habitantes de Winter Palms que no celebraba el Día del Señor como ellas pensaban que debía hacerse. Ni siquiera como pensaban que no se debía.

Charlie no lo hacía de ninguna manera, ya que no consideraba que fuera un día especial para celebrar nada. No era católico, como ellas, ni baptista, anglicano, metodista, ni de ninguna de aquellas confesiones. Ni tan siquiera era cristiano. Las respetaba, igual que respetaba cada aspecto de la vida, pero no creía en ellas. El mundo era bastante complicado ya para liarse la cabeza con aquellas cosas. Simplificar era lo que mejor se le había dado en la vida, y al antillano llevar sus acciones y pensamientos a la mínima expresión se le daba de fábula.

Les devolvió una sonrisa afable y un tanto burlona y las ancianas continuaron adelante, indignadas con la existencia en general y con él en particular. Entre ellas, encorvada y encogida por el peso de los años, estaba la señora Brooks, a cuya casa se había comprometido a acudir aquella misma noche. Tras verla junto a las otras y refrescar su memoria, se estaba haciendo una idea aproximada de lo que quería de él *papa* Dechamps.

Al final, las mujeres también entraron y Charlie se quedó solo, apoyado en la verja de hierro que rodeaba la necrópolis y que, junto con la capilla, la transformaba en algo que parecía por completo fuera de lugar. El sol, al alzarse, convirtió las sombras de los barrotes en largas líneas negras que se sobrepusieron a su cuerpo enjuto y longilíneo, mientras el cura, dentro, empezaba con sus cánticos y sus rezos. El jamaicano se encogió de hombros y, como no tenía demasiado que hacer, volvió a ponerse en marcha, con su eterno balanceo de brazos, recorriendo los escalones de ladrillo que llevaban hacia las tumbas y mau-

soleos. Ver a la *madanm* y a sus viejas acompañantes le había llenado de una nostalgia de la que creía haberse librado hacía mucho tiempo. Y a él no le gustaba la nostalgia. Le gustaba la alegría, el hibisco y que las cosas sucedieran cada una en su momento. La tristeza no tenía cabida en aquel instante y silbó entre dientes para alejarla. No era lo adecuado. Todavía.

Entonces, sin abandonar su amplia sonrisa, se internó en el pequeño cementerio.

NUEVE

APARTE DE LA IGLESIA, EN Winter Palms había otros lugares a los que un hombre que no se quedara en la cama, roncando hasta pasado el mediodía, podía ir una mañana de domingo. Uno de ellos, era el bar de García.

Heriberto García era uno de los muchos dominicanos que se habían instalado en la ciudad, un hombre trabajador como pocos, al que un día de descanso a la semana le parecía un gasto de tiempo innecesario. Hipotecado hasta la saciedad, abría su local tantas horas como le era posible. Hacerlo, en aquellos días de calor, mientras muchas de las otras tabernas permanecían cerradas con sus dueños convertidos en píos feligreses, le había proporcionado una reputación que no le gustaba demasiado, pero también le había dado una buena cantidad de asiduos clientes, guiados hasta allí por las bebidas frías y el aire acondicionado.

Hacia unos minutos que Charlie se había acodado en la barra, subido sobre un alto taburete de una sola pata, clavada al suelo para que nadie sintiera la tentación de llevárselo de recuerdo. Frente a él, un botellín de cerveza dejaba un cerco de humedad sobre madera barnizada y una montañita de cáscaras de maní empezaba a alzarse, mientras los frutos secos desaparecían del platillo que Heriberto regalaba a sus clientes con cada consumición. El propio camarero lo miraba desde detrás del mostrador, con sus ojos oscuros parpadeando cada pocos segundos bajo sus poderosas cejas.

El dominicano era un hombre de su edad, unos cincuenta años, ancho de espaldas y también de abdomen, ni demasiado alto, ni demasiado bajo. Cuando estaba en aquel puesto, y no en la cocina, que era donde prefería habitar, miraba a sus clientes como a potenciales enemigos, cubriendo una timidez casi patológica con un profundo matiz de hosquedad de sus cejas, gemelas del mostacho que se encontraba bajo su regordeta nariz. Una hosquedad que, en cuanto se lo conocía un poco, no era tanta. Heriberto era un buen hombre y lo demostraba con los platos que servía. Sus

tortillas y sus bollitos de yuca salcochada hacían que sus compatriotas volvieran allí una y otra vez.

Además del propio Heriberto y el aire acondicionado, pocas cosas habían cambiado en aquel bar en años. Había existido desde que se construyó el edificio que ocupaba y el aspecto que tenía por aquel entonces lo había obtenido por sedimentación. De las estanterías que había tras la barra, delante de un gran espejo lleno de picaduras en el azogue, jamás se había retirado una sola botella que no estuviera vacía. Bebidas que nadie tomaba nunca, continuaban allí mientras que las botellas de las más populares apenas tardaban unas horas en ser sustituidas por otras nuevas. Había algunas muy raras a las que no habían llegado a quitarles el tapón jamás, pero que, entre el resto de las cosas que se acumulaban allí, casi no destacaban.

Los llaveros promocionales se amontonaban a lo largo de varias repisas y en el interior de una caja que rebosaba con los que nadie había querido nunca. Había cientos de posavasos diferentes, y otras tantas fotografías, antiguas y nuevas, ocupaban las paredes y buena parte del espejo, mostrando momentos del pasado que habían quedado inmortalizados por el papel y la química, atrapados en aquellas imágenes para siempre. Algunas pertenecían por derecho al local, dejadas allí por sus anteriores propietarios, pero había otras del bigotudo dominicano, que se agrupaban en torno a la caja registradora. En ellas podían verse a su exmujer, la norteamericana con la que se había casado —entre otras cosas, para obtener la nacionalidad—, y a sus dos hijos. En parte los había perdido a los tres hacía años, cuando se divorció, y por completo hacía algo menos, tras el accidente de tráfico en el que se habían matado camino de Tampa.

Estaban enterrados en el cementerio de Winter Palms, como tantos otros, en varias de las tumbas que se encontraban en las cercanías de la capilla, bajo la sombra de un ciprés. Charlie había pasado junto a ellas, mientras paseaba de un lado a otro, tras la negativa de Prosper a hablar con él y después de caminar frente al mausoleo de la hermana de este. Unas tumbas estrechas, pequeñas y solitarias que, a pesar del divorcio y las buenas razones de Heriberto para llegar hasta él, habían salido de su bolsillo. Las visitaba todas las semanas, aunque nunca lo hacía cuando había gente por las cercanías, como si quisiera llorar su dolor en privado. No le parecía mal. Cada uno tenía una manera de

liberarse de sus problemas, y aquella era tan digna como cualquier otra.

El aparato del aire acondicionado bufó con un ronquido asmático, haciendo que, por un momento, los rostros de los presentes se volvieran hacia él con un gesto de alarma, antes de continuar con su regular soplido. A aquellas horas, salvo Charlie y el camarero, solo otros cuatro hombres ocupaban una de las mesas más apartadas de la entrada, entretenidos con un juego de cartas. Fuera, el sol golpeaba los cristales con una violencia casi física, inundándolos de luz. El calor podía sentirse a través de ellos, transformando la calle en un infierno con cada minuto que se acercaban al mediodía. Otro día horrible, con temperaturas que se alejaban mucho de la media de los años anteriores. En la radio, que estaba puesta añadiendo su sonsonete de fondo al del aparato de refrigeración, no dejaban de repetirlo. Aún sin necesidad de ella, el tiempo despejado y cálido ya habría sido el tema de conversación favorito de los parroquianos.

Una vez acabada aquella crisis, los ojos de Heriberto fueron a posarse en el jamaicano. «¿Tienes dinero para pagar la cerveza?», preguntaban. Charlie respondió, también sin palabras, que sí, dejando un par de billetes de dólar sobre la mesa. El otro no se acercó a recogerlos, aunque sus labios se curvaron un cuarto de pulgada bajo su frondoso bigote, y su cuerpo, pesado y con unas proporciones parecidas a las de un gorila adulto, se relajó de un modo casi imperceptible. Después, le acercó otro plato de cacahuets y otra cerveza.

—A esta invita la casa —dijo.

Charlie se lo agradeció con una de sus sonrisas, mientras seguía abriendo los frutos secos y aumentando el tamaño de la montaña. De cuando en cuando, tomaba un corto sorbo de refrescante líquido, que mantenía en la boca unos segundos antes de tragar. Los minutos pasaban lánguidos, lentos y aburridos, mientras los jugadores barajaban, repartían, blasfemaban y volvían a barajar. Solo las moscas se movían y tampoco lo hacían demasiado, temerosas de que las expulsaran de aquel trocito de paraíso para enviarlas al calor de la calle. Winter Palms era, un día más, un nombre poco afortunado para una ciudad todavía menos afortunada.

En la radio, las noticias sobre el clima cesaron para dar paso a un programa musical. Heriberto apagó el aparato y fue a la cocina. El isleño se llevó el botellín a la boca y lo saboreó. Las fotografías, repartidas por todas partes de manera

desordenada, los llaveros y los posavasos. Aquella amalgama daba un aspecto anticuado y mestizo al lugar, pero eso solo conseguía hacerlo más agradable. Incluso la bandera de la República Dominicana, blanca, azul y roja, colgada sobre la puerta, tenía sentido. A quienes entraban en el bar les recordaba sus orígenes. Y a su dueño, de dónde había llegado y que no siempre estuvo allí.

Terminó las dos cervezas, dejó los billetes y algunas monedas más sobre la barra y se fue. El aire caliente lo golpeó en el rostro nada más abrir la puerta y no recorrió una docena de pasos antes de que el sudor le llenara la frente y empezara a empapar la camiseta y las bermudas.

Buscó la sombra del otro lado de la calle y, nada más cruzar, un coche de policía pasó por el asfalto. Lento, casi parado, como si buscara algo sin terminar de encontrarlo o su motor se sintiera tan fatigado como todo cuanto lo rodeaba y no tuviera fuerzas para ir más rápido. Desapareció por una bocacalle sin más sonido que el de sus ruedas arrastrando la grava depositada sobre el suelo, igual que si fuera un fantasma. Ni a los policías les gustaba aquella parte de la ciudad. Las patrullas que hacían eran contadas. Rápidas en los casos en que querían acabarlas cuanto antes, o lentas, y deliberadamente aburridas, cuando había algo más que rutina.

A Charlie no le importaba ni lo uno ni lo otro. Nada tenía que ver con ellos tras haber cumplido aquella condena simbólica que lo había arrastrado de playa en playa, limpiando la arena de latas, botellines y papeles, y de la que tanto había disfrutado. El bochorno era lo único que había, unido a la nada que llenaría aquel día hasta que la noche se pusiera. Sin poder hablar con *papa* Dechamps sobre los hombres que habían acudido a visitarlo, no quedaba mucho que hacer durante las horas de luz que restaban. Regar los hibiscos, intentar reparar el pequeño refrigerador portátil y nada más de interés. Los domingos podían ser tediosos sin nadie con quien hablar y con aquel calor que golpeaba como un martillo.

Estaba pensando en que volver hasta la caravana iba a ser un suplicio, cuando un coche apareció por la misma calle que se había marchado el de patrulla. Los labios de Charlie recuperaron entonces su sonrisa.

—¿Vas a venir? —le preguntó Ed.

—Claro.

DIEZ

EL DEPORTIVO GRIS SE MOVÍA a la máxima velocidad que le permitía la carretera, haciendo que el viento se colara en su interior con un zumbido, revolviéndole el pelo y convirtiendo sus *dreadlocks* en una mancha sólida que se alzaba por encima del reposacabezas y se extendía tras él. Ed, a su lado, pisaba el acelerador, con los dedos sujetando un volante que, en sus enormes manos, parecía de juguete.

La Dixie Highway se extendía ante ellos, como una larga línea recta que se dirigiera hacia el sur-sureste sin apenas desviarse, dejando a su derecha el límite occidental del Parque Nacional de las Everglades. Allí, los verdes y los marrones lo llenaban todo y la carretera era la única muestra de vida humana junto con los postes de la luz que se alzaban cada cien yardas. La cercanía de las marismas y Los Cayos hacía que la naturaleza se volviera demasiado hostil y salvaje. Los árboles eran un borrón la mayor parte del tiempo, deslizándose a su lado con una velocidad endiablada, llena de quiebros que obligaban al jamaicano a agarrarse al asiento de cuero rojo con ambas manos. A pesar de ser una carretera de doble sentido con solo un carril para cada uno, Ed no apartaba el pie del acelerador.

Ed Woodbottom mantenía los ojos clavados en el asfalto y las manos en el volante, pero no dejaba de hablar con Charlie, que le respondía con gestos vagos, sin asegurar ni negar nada de forma clara. La cabeza del calvo estaba perlada de sudor y el pendiente dorado que llevaba en su oreja se balanceaba con cada adelantamiento, dando la sensación de que hubiera olvidado las razones que lo habían llevado a trabajar los sábados por la mañana.

El resto de su aspecto no se parecía en nada al que tenía entonces. Cuando no estaba cumpliendo con Grupps y los servicios sociales, vestía pantalones de tela clara y ligera, afianzados a sus abdominales con cinturones de piel de cocodrilo, y camisas lisas de manga larga, que le quedaban muy justas, por lo que se veía obligado a dejar desabrochados varios botones. Ninguna de aquellas prendas era bara-

ta, como tampoco lo era el F430 Spider que conducía, o el reloj de titanio que llevaba en la muñeca.

—Pensé que te apetecería venir y como me pillaba de camino... —decía, mientras daba volantazos a diestro y siniestro, burlándose del tráfico. Este no era demasiado intenso a aquellas horas; la mayoría de los domingueros que bajaban por la mal llamada autopista lo habían hecho al amanecer, para aprovechar mejor el día—. Aunque no esté muy lejos, hacer el viaje solo es un poco aburrido. Se echa de menos la conversación. ¿Qué tal las cosas por Winter Palms? ¿Conseguiste algún trabajo más?

—Más o menos. Voy tirando.

—Pues lo que te decía: iba de camino a Cayo Largo por un asunto de negocios y pensé que te gustaría pasar el día allí. Aquello es bonito, con muchos árboles, agua salada y playas... lo mejor que tienen es que no hay que limpiarlas —añadió con una risotada—. Una hora de viaje para un cuarto de hora de conversación a lo sumo, ¡y en domingo! Allí también hay buenos restaurantes y merecerá la pena quedarse un rato después. Además, si me paso con las cervezas, podrás conducir de vuelta.

—No sé si sabría —respondió el jamaicano, cuando Ed redujo la velocidad antes de volver a acelerar, mientras la carretera los llevaba entre el estrecho de Long y Bahía Manatí, en pleno parque nacional y ya sobre Cayo Cross. Poco más allá, a la izquierda de ellos, había un puerto deportivo repleto de yates, y a ambos lados del asfalto se abrían, tras la densa maleza, los estrechos de Barnes y Little Blackwater—. No he conducido demasiado desde que el *chevy* dejó de andar. Cuando el motor se le cayó al suelo...

—Es fácil. El volante lo lleva hacia los lados, el cambio de marchas está en él, aquí abajo, el acelerador sirve para ir más rápido y el freno para ir más lento. —Río de nuevo, girando en una amplia curva a la derecha. Los canales de agua de las marismas estaban allí tan cerca que casi podían tocarse con la mano, llenos de algas y de vida—. Aunque ese apenas lo uso. No se diferencia mucho de cualquier otro coche, aparte de por la pasta que me costó y que tiene más caballos de los que nunca necesitaré. Pero es la imagen, Charlie. En mi oficio, la imagen es importante.

El antillano asintió. Comprendía lo que Ed quería decirle, porque él no era el único que se encontraba en semejantes circunstancias. Las formas y el fondo. Tenía que guardar

las formas para que la gente supiera lo que era. De nada le servía ser un conocido abogado de Miami si los clientes no sabían que lo era. Porque Edward Woodbottom era abogado, uno bastante bueno. No un simple picapleitos, sino uno de los abogados criminalistas más prestigiosos del estado. Sí, había hecho fortuna luchando a brazo partido en divorcios de un buen número de famosos, pero eso ya era el pasado. Después de aquello, su fama de duro le había precedido allá donde fuera. Ni siquiera sus roces personales con la ley habían sido capaces de desvirtuarlo. Es más, en algunos casos lo habían beneficiado. Sus clientes sabían que era un perro de presa, experto en obtener peritajes beneficiosos y dismantelar pruebas hasta convertirlas en humo. Pero esos mismos clientes olvidaban con demasiada facilidad. El gran Ed tenía que representar el papel de una persona con éxito y la mayoría de ellos asociaban un ganador con alguien que conducía coches lujosos, vestía ropas caras e iba acompañado por mujeres exóticas y despampanantes. Tener a Charlie en el asiento del copiloto hacía que solo fueran dos de tres, pero tampoco estaba mal.

—Ahora parecemos esos dos de «Miami Vice».

—No te veo como Tubbs —se carcajeó Ed—. ¡Y Sonny tenía más pelo que yo!

Otro puertecillo, a la derecha en aquella ocasión, y el calvo clavó los frenos con una maldición en los labios al encontrarse con una fila de media docena de vehículos detenidos en medio de la calzada en el sentido en el que iban. Un puente levadizo se mantenía alzado frente a ellos, sorteando un canal, mientras un yate de aspecto imponente, con una rubia tostándose en la cubierta, cruzaba bajo el lugar que unos minutos antes ocupaba la carretera. Después, con un crujido metálico, el puente volvió a su lugar, descendiendo despacio hasta asentarse. Los coches se pusieron en marcha, unos pegados a otros, hasta pasar por encima de él. Al tiempo que volvían a sumergirse en la naturaleza más salvaje, volvieron a distanciarse. O Ed hizo que se distanciaran, adelantando a todos los que pudo en cuanto las líneas se hicieron discontinuas.

En torno a ellos, las poco profundas aguas del Lago Surprise destellaban en tonos verdes con la luz del sol. Serían las once de la mañana y los chalés que se alzaban alrededor de los canales de Cayo Largo podían verse al otro lado de la superficie inundada, blancos, con sus porches

delante y sus barcas de recreo situadas en la parte trasera. Charlie no esperaría nada del mundo, pero no le habría disgustado tener una casa así, al borde del agua y con un bote a medio paso en el que pasarse las horas muertas pescando. Tal vez, algún día, se trasladaría a Los Cayos, ¿por qué no? Pero eso solo sería cuando hubiese cumplido con sus promesas y, para lograrlo, todavía quedaba mucho. Asuntos como el dinero ya se solucionarían, siempre acababan por hacerlo. Eran las deudas con *papa* Dechamps las que en realidad lo ataban a Winter Palms.

—Ya estamos llegando —anunció el abogado, girando la cabeza para mirar a través del espejo retrovisor de su izquierda—. No quedan más que unos minutos.

Entonces, con un nuevo volantazo, Ed enfiló Reef Drive y, atajando, condujo hasta la 905 evitando entrar en la población. Más árboles se alzaban a su alrededor mientras se ponían en camino hacia Cayo Largo Norte. Tampoco llegaron allí. Varias millas antes de las primeras casas, se desviaron hacia la derecha, por un camino secundario, al tiempo que un autobús escolar, amarillo brillante, pasaba de largo, siguiendo la carretera. El calvo se quedó mirándolo y lo mismo hizo Charlie. Uno como aquel había sido noticia hacía unos meses.

Con otra brusca maniobra, Ed detuvo el Ferrari frente a una verja tras la que se adivinaba, entre la espesura, una casa colonial bastante grande. Estaban muy cerca del Parque Estatal Arrecife de Coral John Pennekamp y el Atlántico. Las aguas abiertas podían olerse en la distancia, si se tenía suficiente imaginación.

—Espérame aquí, no tardaré mucho —dijo Ed, descendiendo del automóvil—. Hay música en la radio y algo de comer ahí atrás. No tendrás tiempo ni para aburrirte —añadió, inclinándose para hurgar tras los asientos. Al cabo de un instante, sacó una corbata y una chaqueta y se los puso con gestos profesionales. Tardó apenas un minuto en estar listo, antes de coger también un portafolios, acercarse a la verja y llamar a un botón medio oculto junto a los árboles. Una cámara de seguridad giró hasta enfocararlo, desde las alturas.

—Soy Edward Woodbottom, el abogado —dijo, marcando bien las palabras. Un murmullo de estática le respondió y la puerta metálica se abrió con un chasquido.

Intentando no mancharse los zapatos, Ed se internó en el caminito que conducía a la mansión. No lo consiguió.

Charlie lo esperó como le había dicho, pero, al cabo de unos pocos minutos, comenzó a sentirse incómodo sobre el asiento de cuero, por lo que abrió la portezuela y salió.

Una vez parados, el calor también se dejaba notar. Aunque la humedad era todavía mayor que la de Winter Palms y la temperatura estaba suavizada por la proximidad del mar. Sonrió al percibir, al otro lado de los verdes macizos, el sonido de las olas. Aquella era toda la música que necesitaba por el momento. Las olas, la arena, el murmullo de las aguas al colarse entre las raíces de los mangles. El océano, y también el viento, agitando las ramas, libre, fresco, llegado de horizontes lejanos y arrastrando millones de historias con su aliento...

Una vez con los pies en la tierra, sintió todo aquello y más. No era su antiguo hogar, pero, de una forma remota, le recordaba a él. Porque el otro lo había abandonado para ir muy lejos y ver un mundo que no conocía más que por las leyendas. La vieja isla, en la que había pasado la mayor parte de la vida que podía recordar, estaba muy lejos y nunca volvería a ella. Por su propia voluntad se había convertido en un vagabundo.

Con su espléndida sonrisa en los labios, se acercó a los árboles que se encontraban frente a él y atravesó la maraña sin apenas encontrar resistencia.

ONCE

HABÍA CORRIDO, ATRAVESANDO SENDEROS DE la selva que ningún hombre había hollado antes. Creándolos a su modo. Dejando tras de sí una maraña de ramas rotas, de hojas arrancadas y de silencio. A medida que su cuerpo, joven y flaco, atravesaba la fronda, los animales callaban. Los insectos dejaban de alborotar con sus zumbidos y los pájaros se silenciaban en lo alto de las copas. Dejaba ramas rotas, pero, a cambio, también su sangre. Un millar de arañazos se unían a las marcas que ya poblaban su espalda, sus brazos y sus piernas. La sangre que manaba de ellos, roja y caliente, le cubría la piel.

Sin embargo, eso no hacía que dejara de sonreír. Era libre y sus perseguidores estaban cada vez más lejos. Con cada paso de sus descalzos pies los dejaba más atrás.

Y con cada paso se acercaba más a la libertad.